

MOZOS Y LABRADORES

JOAQUÍN GÓMEZ CAMACHO

Yo, Joaquín Gómez Camacho —conocido por Guillermo—, con 68 años cumplidos, metido ya en la tercera edad, con bajo nivel de cultura, sin ningún título académico, ya que no tuve la suerte o privilegio de poder sentarme en el pupitre de una escuela ante un maestro. Mi padre me enseñó un poco, el resto fue simplemente viendo y oyendo a otros. Por consiguiente, aprendí a escribir pero confieso que no sé como se escribe.

Nací en el campo un 11 de octubre de 1923, y en aquellos tiempos no había escuelas en los campos, siendo muy difícil la escolaridad porque no era obligatoria.

Pues yo admiro los privilegios que ya gozan los jóvenes escolares, incluidos mis queridos nietos.

Recordando mis jóvenes años y mi honrada profesión, dentro siempre de la agricultura, que siempre fue pobre y rudimentaria.

Pues yo, sin ningún defecto físico, cuerdo y sensato, siento el gusanillo de escribir algo de lo que fue la vida del campo. Porque lo que se escribe, otro lo lee y lo transmite, y de esa forma no pasa al olvido. Yo escribo todo lo que me acuerdo en estas pobres cuartillas, que me avergonzaría si dijera libro, que podrán leer tanto mayores como menores, sin picaresca, inmoralidad ni política.

EL CAMPO Y SUS COSTUMBRES

Pues como un pequeño homenaje al labrador, hombre que todos los días del año dirige su mirada al cielo y a sus campos esperando la lluvia, porque ésta es la bendición para el campo y la naturaleza, la madre de sus cosechas.

El hombre del campo trabaja todo lo que puede y no hace daño a nadie.

Yo, como agricultor, hijo y nieto de agricultores esto lo sé y lo he vivido; tengo experiencia de lo que fue la vida monótona y cansada de un labrador, en la cual todos los menesteres, tributos y sustento de su familia, tenían que pasar por la «media fanega», un viejo dicho que quiere decir que si la cosecha era nula, no habría trigo para medir y vender.

Pues en primer lugar me inclino a una profesión: la del MOZO o MULERO. Su trabajo

de todo el año era labrar y labrar con su par de mulas, empuñando fuerte la esteva del arao¹ y en la otra mano la aijá², instrumento indispensable para limpiar el arao; de lo contrario, sería como mecánico sin la llave inglesa.

LAS MULAS

Las mulas son animales híbridos, hijas de yegua y asno de asna y caballo. Las primeras, de mayor estatura, llamadas castellananas, las segundas, de menor estatura, llamadas romas³, más valientes y seguras para el trabajo y andar por los senderos más escabrosos. Los machos romos siempre fueron los más cotizados. También he de advertir que estos animales están dotados de una vista y oído increíbles y de buena memoria. Si pasaban una sola vez por una senda o atajo, el animal lo recordaba si al año tenía que pasar de noche. Su dueño podía ir tranquilo que no se perdería. Y al menor ruido, que el hombre no puede oír, ellas con sus orejas de punta, dan la señal de algo raro. Todo esto lo sé por experiencia, ya que en mi casa, desde que tuve uso de razón, mi padre las tuvo castellananas, nacidas y domadas a tiro y carga y demás trabajos. Y ya de mayor, yo las tuve romas, de mi propiedad, con el mismo sistema. Y por añadidura, la mayor parte de mi servicio militar lo hice en el 29 Regimiento de Artillería de Montaña, con mulas, de guarnición en Huesca.

Y siguiendo el tema del mulero, su misión consistía en saber labrar bien, con profundidad, muy yunto⁴ hacer los surcos derechos, sacar bien los cornijales, etc.

Su horario comenzaba a las tres de la madrugada —a veces antes—, cuando tenía que levantarse de su jergón para pensar⁵ sus mulas, que consistía en echar unos garbillos de paja en sus pesebres y varios puñados de cebá⁶. Esto lo tenía que repetir por lo menos tres veces, hasta dos o más celemines de cebá bien distribuida.

Su despertador era el canto de los gallos, ya que estas aves tenían sus horas justas para su canto. Y de esta forma, cuando aparecía el lucero de la mañana⁷ las mulas ya estaban bien comidas. De inmediato, las limpiaba con la rasqueta y cepillo. Después les ponía sus colleras y, si era invierno, a cada una, su buena manta porque a la salida del sol —a veces antes—, mulero y mulas tenían que estar en el bancal, tanto si estuviera largo o cerca. Y ya fuera de la cuadra, éste colgaba su botijón de agua en el morrión de la collera. También llevaba su barza⁸ hecha de esparto, donde el ama de la casa le ponía el almuerzo: un buen tarugo de pan —a veces de ocho días— y un pedazo de tocino, y de postre, si era invierno, higos secos y almendras.

Pues ya en la puerta de la cuadra, y de un salto, porque su profesión lo requería, se

1 Arado.

2 Agujada.

3 Burdegano.

4 Muy juntos.

5 Echar pienso.

6 Cebada.

7 Lucero del Alba, Venus.

8 Especie de cesta donde llevar las viandas.

montaba siempre en la más mansa, y entonando alguna coplilla, se dirigía al bancal por la senda de la linde, siempre con la picardía de llegar antes que el colega de su vecino.

El, cuando llegaba al bancal, tapujaba las viandas en el cobijón de las mantas, por si aparecía algún perro ambulante. Tampoco se olvidaba la mediana de repuesto, y sobre todo, de su buena petaca en el bolsillo de su blusa, con tabaco, papel y mechero de mecha y una buena navaja.

También, cuando llegaba donde estaba el arao, echaba un vistazo al pescuño, la pieza clave de éste. Por si algún colega bromista lo había aflojado para que al dar los primeros pasos las mulas se desarmaran todas sus piezas.

Entonces uncía sus mulas con la madrina, cambiándolas de mano: la que el día antes fue a la derecha, pasaba a la izquierda. Esto lo hacía para tenerlas bien educadas en el trabajo y porque esto era más cómodo para ellas. También, si una de las dos era vieja o más débil, el mulero, para aliviarla un poco del trabajo, ponía una cuña de madera en el medianero del ubio, para desviar unos centímetros el timón hacia la más joven.

El timón del arao y el medianero⁹ son como punto de mira de un arma de fuego, que le servía al mulero para hacer los surcos derechos en la larga distancia.

Pues todas estas cosas tenía que cumplir, junto a su honrado comportamiento, si quería tener contento a su amo y no lo despidiera. Ya que en aquellos tiempos sobraban zagalones, hijos de familias numerosas, acostumbrados a la vida del campo, porque ya habían pasado por los oficios de paveros, cordereros, pastores, etc. Y ya, como cuarto curso, el más duro: mulero, dispuesto para labrar la tierra lo mismo en los escarchados y ventosos días de invierno que en los largos y calurosos del verano. Barbechando la seca y dura tierra. Aparte también tendría que ser espabilao¹⁰ en el trato con las mulas repelosas y coceras, que al menor descuido podían darle una patá¹¹ y matarlo; o la que se espantaba de su sombra, que si montaba en ella, al menor movimiento podía tirarlo un porrazo en mitad del camino.

También era penoso y desagradable labrar con una mula que estuviera «entimoná»¹². Esto era que dicha mula, de momento se dejaba caer de lado sobre el timón, que si no era de madera resistente, se partía en dos. El único remedio era la madera de olmo y que fuera bien recio. Este era un vicio muy difícil de corregir, ni con fuertes garrotazos. También tenía otra dificultad la que rajaba hacia fuera del surco, tanto, que a veces había que atar su rabo o cola, con una soga, al timón del arao, para que ésta siguiera en línea recta con la compañera.

Pero también había otro remedio más corriente, que yo también tuve que hacerlo con una de las mías, que consistía en lo siguiente: meter una piedra del tamaño de un huevo de gallina entre su paletilla y la collera, siempre en la parte de fuera, (mano derecha o izquierda) bien puesta para que no se cayera. De esta forma, cada vez que dicha mula intentaba «rajar» hacia fuera, se hacía daño y volvía a su posición. De manera que, al cabo de cierto tiempo, iba perdiendo la costumbre.

9 Eje del atelaje que va entre las dos bestias que componen la yunta.

10 Despabilado.

11 Coz.

12 Entimonada.

«Ejemplo, si a un hombre le ponemos un garbanzo dentro del talón de su zapato, tendrá que caminar de puntillas con ese pie, para librarse de tan horrible daño.»

Un truco más del campo. Ya que para labrar bien y hacer los surcos derechos, las mulas tenían que llevar el mismo paso. Una, la que le tocaba, no tenía que salirse del surco hasta llegar a la punta.

El mulero también tenía que saber labrar a dos manos. Y como un dato más, también existía la «quintada» del ya veterano al novato; que consistía en enseñarlo a labrar «hondo y derecho». El novato cogía la esteva con su mano, el viejo le hacía la prueba del caracol. Le ponía un caracol vacío encima de la mano, bocaabajo, y este ponía la suya encima, apretando con toda su fuerza. Cuando llegaban a la punta del surco, el pobre muchacho ya no podía aguantar: la boca del caracol la tenía clavada en su carne. (Pues la veteranía es un grado).

El mulero, para preparar un buen barbecho, tenía que labrar palmo a palmo la tierra, dando muchas rejas. Lo mínimo tres o cuatro, desde enero hasta el mes de agosto, que se llamaban «arromper», «mantornar», «tercear» y «arrear».

Pues así era la vida y la profesión del mulero: labrar y labrar la tierra todo el día. Y al anochecer, desenganchaba sus mulas y marchaba camino de la casa. Primero pasaba por la pila del aljibe o abrevadero, les quitaba los bozos, al tiempo que decía a sus mulas que bebieran tranquilas hasta hartarse y quedar satisfechas. Pues se lo decía con un interrum-pido, suave y corto silbido, varias veces. Esto era una especie de morse para tranquilizar-las mientras ellas atragantaban sus 12 ó 15 litros de agua, cada una.

También, las buenas mulas de labor tenían una misteriosa costumbre: cuando llevaban varios días labrando y era mediodía solar, se paraban solas, sin mandárselo nadie. Esto variaba muy pocos minutos.

Y siguiendo el trabajo del día de labranza, cuando el cansancio se lo pedía, paraba las mulas y volvía su cabeza hacia atrás y miraba su trabajo ya hecho, desde donde dio de mano el día antes, y respirando hondo el olor agradable a tierra movida, sacaba su moquero de la cintura y se limpiaba aquella especie de mugre de la cara, amasado con el sudor y el polvo de la tierra. También movía y aflojaba las colleras a las mulas, de las tablas de su cuello. Esto era como desahogo al trabajo, igual que orador que se afloja la corbata para hablar mejor en su discurso. Y por último se echaba un trago de agua de su ennegrecido botijón, que tenía bajo un ribazo, a la sombra de cualquier matuja. Y hablando (arreando) suavemente a las mulas, seguía su trabajo, que tenía un promedio de diez a doce horas diarias. En días de sementera, bastante más.

También le acompañaban tras de él, incansablemente, surco a surco, las inofensivas «pajaricas de las nieves»¹³, que todos los días eran puntuales a la hora de enganchar las mulas, para picar pequeños gusanillos que el arao iba sacando. Cosa muy beneficiosa, porque éstos dañaban las lletas del trigo en su nacencia.

Pues así se pasaba todo el día, empujando fuerte al arado, porque si dejaba de apretar, éste se salía de la tierra. Que a un promedio de tres kilómetros por hora, a la noche, cuando este hombre se sentaba a la mesa, había andado más de treinta kilómetros. Y así al siguiente día, y al otro...

13 Lavandera blanca. Motacilla alba.

Aparte, el mulero también tenía sus obligaciones: en primer lugar, no maltratar a las mulas y procurar siempre mantenerlas gordas y limpias; también sanas de heridas y rozaduras. Si una mula cojeaba, alzar su mano o pata y quitarle cualquier cosa que le hiciera daño, como piedra o clavo. Limpiarle bien la ranilla, por si era un clavo pasado, —fallo del maestro herrador—. También podía ser una hormiguilla¹⁴ en el casco; esto había que sanearlo y curarlo con miera, un líquido negro, parecido al alquitrán, sacado de una planta llamada enebro, pinchoso, muy conocido en el monte. Si una mula no comía bien, mirarle la boca por si tenía puntas, había que quitarlas; esto es como la muela del juicio en las personas. También si alguna se resfriaba, se le daba a comer un «bocadillo» de pan con dos dedos de piel de culebra, cogida en el mes de mayo, a ser posible en viernes.

Pues no se trataba de matar una culebra y desollarla, sino la piel que por naturaleza cambian todos los años. Este es un remedio muy positivo, llegándose a emplear con las personas; sólo que a éstas, dicha piel se hervía con leche y después se quitaba y se quemaba. Todo esto sin que lo supiera el enfermo. Esto me lo recomendaron una familia de Jumilla, llegándose a emplear también en mi casa, dando buen resultado.

También existe otra medicina para curar y desinfectar toda clase de heridas, tanto de animales como a las personas. Pues se trata de esa maravillosa planta llamada «rabo de gato», muy conocida por el hombre del campo. Se llama así porque sus tallos tienen esa forma. También puede tomarse bebida para curar ciertas dolencias del estómago. Hay que hervir bastante para que suelte bien el jugo; su color es muy parecido al del coñac. Pues repito, es un «antibiótico» maravilloso.

Ya lo dice un viejo refrán: «El hombre del campo que se cura / con jed, arnica y rabogato, / ni muere cojo, ni muere manco».

También hago constar otra medicina de la culebra. Cuando se mataba alguna porque había atacado a los pollos recién nacidos de alguna llueca¹⁵, pues dicha culebra, se abría cuidadosamente y se le sacaba una pequeña tira de grasa que tienen junto a su espina. Esta se guarda metida en un canuto de caña, bien tapado con un corcho. Pues esto se empleaba de la siguiente forma: para hacer salir una pincha de cualquier árbol o espino, cardos, aliagas o mancaperros, que sus pinchas tienen sobre cuatro centímetros. Cuando éstas se clavaban en pie o mano y no se podían sacar con pinzas, por estar muy hondas, entonces se ponía un trozo del tamaño de un grano de panizo de esta misteriosa grasa, justo donde estaba la pequeña herida, mediante una buena venda, para que su calor dilatara la grasa, que a las 48 horas la pincha salía arriba y ya se podía coger con las pinzas.

Otra medicina muy conocida por muchas personas del campo, muleros y carreteros, pues cuando a cualquier animal de los suyos se le hacía una rozadura en su cuerpo, por la carga o en el cuello, por las colleras, que perdía la piel y sangraba, pues de inmediato se le ponía hollín de la chimenea, bien molido, en forma de polvo, sobre la herida, poniendo antes aceite de candil, ya ennegrecido por la pavesa de su torcida. Y como dato misterioso, (no se sabe porqué) a los pocos días, cuando saltaba la concha, le salía el pelo blanco. No importaba el color natural que tuviera su pelaje.

También había otro consejo de los viejos muleros: no quitar nunca las telarañas de los

14 Hormiguillo.

15 Clueca.

techos de las cuadras, aunque formaran «estalactitas». Esto evitaba que las mulas se resfriaran cuando volvían sudando del trabajo. Esto me lo contó un viejo mulero de los años 20, llamado Pedro Barquero, hombre bastante mayor. Pues esto de las telarañas, también tiene cierto valor en otros lugares, como en las grandes y antiguas bodegas de vino; sólo que en éstas se dejan para dar más valor de envejecimiento al vino.

Otra medicina del campo, casera, muy valiosa, que no debería perderse, con un valor curativo maravilloso, es el aceite de alacranes. Este se preparaba de la siguiente manera: en un frasco de cristal blanco de un cuarto de litro de cabida, se ponía aceite de oliva de la mejor calidad hasta sus dos terceras partes. Entonces se cogían cinco o seis alacranes vivos y se ponían dentro de éste. Que para un labrador entendido no le era difícil encontrarlos bajo las piedras. Pero muy importante era no matarlos, y al cogerlos con tenazas o pinzas, no romper su aguijón, donde llevan su misterioso veneno. Éstos, al sumergirse en la densidad del aceite, se defienden entre ellos, expulsando de sus agujones el veneno, que junto a sus cuerpos, al cabo de unos días, el aceite va cambiando de color a oscuro. Lo que si se mataran, la bola de su aguijón, del tamaño de un grano de trigo, por su dureza, quedaría intacta y tal vez no serviría. Esto, bien tapado y conservado en lugar seco, puede servir tres o cuatro años. Pues este aceite compuesto con los alacranes, muy eficaz, poderoso y rápido —su efecto a veces era cuestión de minutos, hasta segundos—, se empleaba contra un terrible dolor de orina, que sufría de momento cualquier caballería, cuando ésta se tiraba al suelo revolcándose al no poder orinar. Como un taponamiento. (Los médicos sabrán su nombre y de dónde proviene).

Digo esto, porque según me contó un vecino que tuvo experiencia en esto, se llegó a emplear en personas, sin tener que recurrir a las dolorosas sondas de los hospitales. Pues el tratamiento que se empleaba era muy sencillo: con una pluma de cualquier ave pequeña, por ejemplo: de una paloa, se untaba de dicho aceite en el orificio de sus genitales, de macho o hembra, sin daño, y aquel cuerpo orinaba rápidamente y el dolor desaparecía. Pues parece increíble, tanto miedo que tenemos a estos bichos por su dolorosa picadura, que dura casi 24 horas. A cambio, ellos, con su vida, curan otro dolor que casi puede costarle la vida al hombre.

Otra medicina en el campo, desde los tiempos muy antiguos para curar la pulmonía de las personas, era el hígado de zorro; que se preparaba de la siguiente manera: el hígado, había que quitarlo recién muerto el animal, y había que tostarlo en el horno después de sacar el pan, procurando que no se quemara, sólo desecarlo totalmente. Y ya una vez frío, se picaba en un mortero de barro bien limpio, hasta quedar bien molido. Entonces se guardaba en un barril de cristal limpio, bien tapado. Y cuando había que darle a una persona que tenía pulmonía, se le daba la cantidad que cabía en una moneda de cinco céntimos, con leche o café calientes; y si el enfermo se cogía a tiempo, comenzaba a sudar como recién salido del baño, y a los pocos días quedaba curado.

Y como dato afirmativo, en los años 20, un hígado de zorro, en cualquier farmacia o laboratorio, pagaban 25 pesetas al cazador; equivalente a tres jornadas de trabajo en el campo

Y siguiendo el tema del mulero y sus obligaciones en la casa donde servía, ya que su amo, aparte de la profesión, le buscaba trabajo en los ratos libres para que no estuviera mano sobre mano. Y también era obligación suya que no faltara paja en las pajas,

limpieza de las cuadras, llenar de agua limpia la pila del aljibe, traer leña a la casa; en primavera traer yerba de los sembrados para las mulas, etc.

Pues de todo esto nació este viejo refrán:

«Un día de lluvia, dijo el amo:
 Agua pa quince días. Contestó el mozo:
 Agua pa treinta, que yo por meses estoy
 Y añadió el amo:
 Agua pa treinticuatro, que no te faltará
 maza ni esparto.

Aparte, también tenía que remendar y reparar los arreos y demás atalajes. Todo bien ordenado en las estacas de la cuadra. Además, éste también tenía que hacerse su calzado. El mulero sólo tenía un respiro de descanso los días de lluvia, que casi siempre empleaba en estos menesteres de remendar y coser ciertos utensilios.

Pues algunos de estos jóvenes, permanecían así con derecho a ser analfabetos, donde las puertas de la cultura estaban cerradas para ellos, hasta que eran llamados al ejército. También hago constar, según versión de hombres que vivieron en este empleo hasta su avanzada edad, que su paga en los años veinte y treinta, ya era más elevada que la que tuvieron sus antecesores, porque éstos ya ganaban entre 25 y 40 pesetas al mes, más veinte fanegas de semilla en la cosecha —mitad trigo, mitad cebada—, medida según costumbre, en la era; que sumando la paga y el valor de éstas, a veces llegaba hasta 4.000 reales, o sea mil pesetas al año.

Pues así se pasaba aquel duro trabajo el mulero, con sus manos encallecidas y bajo nivel de cultura.

Embrutecido por el trato con los animales, teniendo un solo día de descanso cada quince, para ir a su casa, incluidos domingos y días festivos, que se llamaba día de quincena o mudá. Quería decir, ir a su casa a ponerse ropa limpia. Nada de vacaciones al año.

EL PASTOR Y SUS OBLIGACIONES

He de añadir otra profesión: la de pastor. Que éste y el mulero siempre eran buenos amigos, porque la mayoría de las veces eran vecinos de dormitorio en las tarimas de las cuadras, donde ponían sus colchonetas y no pasaban frío con el calor de la basura de las mulas. Pero en los días de lluvia, el mulero tenía un respiro de descanso, mientras la suerte del pastor era contraria: él tenía que estar con su ganado en el campo, tapándose con alguna vieja manta de su propiedad, hasta el anochecer, que llegaba a la casa empapado hasta los huesos. Pero entonces le esperaba otro trabajo: «ahijar», esto era dar de mamar a los corderos huérfanos en otras madres; su mayoría en las cabras, por tener éstas más leche, y también éstas se negaban y el pastor, a veces, tenía que hacer uso del gayao¹⁶ y dar algunos

16 Cayado.

garrotazos, terminando de mal humor. Y por eso, de ahí quizá, nació la vieja palabra de «cabreo», (¡estoy cabreo!).

Pues el pastor también tenía otras obligaciones: que su ganao pastara bien, sin daños, que se mantuviera gordo, no pegarles ni encojar ninguna, contarlas todos los días y si alguna se extraviaba, era obligación suya buscarla en todos los ganaos de la vecindad, hasta que apareciera viva o muerta. También, cuando se moría alguna res, tenía que saber desollarla y sacarle la piel sin desperfectos o roturas, para su venta. Que lo primero que tenía que hacer era inflarla; trabajo desagradable que consistía en cortar la piel de una pata a la altura del garrón y meter un canuto de caña, que fuera lo más largo posible, y con una mano sujetar fuerte la piel. Entonces se ponía de rodillas junto al «difunto» y tenía que soplar con toda la fuerza de sus pulmones, varias veces, hasta que estuviera bien inflada; teniendo que aguantar el desagradable tufo a carne muerta en sus narices. Y muchas veces, hasta de noche y con mala luz. En los mataderos lo hacen con un pequeño compresor, más cómodo y rápido.

También el pastor tenía que saber encañar cualquier rotura de pata o mano, por accidente o piedra mal tirada. Conocer ciertas enfermedades y sus remedios, y por último —muy interesante—, ser experto en las señales o marcas. Saber hacerlas en la oreja derecha o la izquierda, según costumbre del ganadero; que las más corrientes eran: «horquilla», «espuntá», «muesca», «hendía», «sacabocao» y «ramillo».

Y si todas las cosas iban bien, junto al buen comportamiento, en el mes de mayo, su amo le regalaba una cordera para él.

Pues el pastor también dormía a gusto cuando su ganao tenía bastante hierba en los bancales y se mantenían gordas. Entre sueños oía el pequeño ruido o tintineo de los cencerros que se movían cuando las reses estaban rumiando. Y si oía un ruido o espante extraño en el corral, tenía que levantarse y dar una vuelta, porque podía tratarse de cualquier animal extraño, o robo. Y también, si una res estaba de parto, ayudarle y ponerla en lugar seguro. Si nacía «enzurronao», romper el telo para que no se asfixiara la cría, y ponerla en la tená con la madre para que no se helara, si hacía mucho frío.

También como una nota más había otra costumbre. Según versión de viejos pastores, si el pastor era vecino cercano o el ganadero daba a éste en su propiedad aposento de cuarto y cocina, entonces, de acuerdo entre ambos se ajustaban por la antigua costumbre de aniaga, que se entendía de la siguiente forma: aparte del sueldo que lo más corriente era de 25 a 30 pesetas al mes, más, para ayuda de su manutención los siguientes víveres: una fanega y dos celemines de trigo, dos kilos de alubias, dos kilos de arroz, un kilo de tocino y una cuarta de aceite por cada día del mes. Todo esto era lo que el ganadero tenía por obligación entregar a su pastor en los días primeros de cada mes; y de esta forma éste dormía y comía en su vivienda y su mujer se administraba lo mejor que podía.

A pesar que también se decía que debido a los malos tiempos de hambre y escasez, la mujer del pastor, aun tomando buenas medidas ansiaba que llegara el primero del mes para recibir la aniaga de su marido como pájaro en nido que espera el alimento. Pues había que reconocer que la mayoría de las veces, estas pobres y humildes gentes no tenían otros medios de que valerse. A veces, también, éstos pasaban de una ganadero a otro por motivo de la paga o alguna discrepancia habida entre ellos.

Sin pasar más adelante, hago esta página dirigida a la mujer del campo, tanto a la del

pastor como a la del mulero y labrador, que su vida no siempre fue de color de rosa, porque aparte de su enredoso trabajo de la casa; cuidado de los hijos, remendar la ropa, amasar el pan, cuidar de los animales domésticos, como gallinas, pavos, conejos, marraños, etc., lavar grandes líos de ropa, a veces a distancia de la casa y de rodillas en una reguera o acequia, en avanzado estado de embarazo, lo que hacía más penosa esta posición para ella, restregando con toda su fuerza la ropa de los trabajos del campo, sucia por el sudor y el polvo de la tierra y el roce con los animales, desgastándose las palmas de sus manos con aquellas barras de jabón «Carboné», entre otros, fabricado en los años treinta por la casa Hermanos Bernal, del Palmar (Murcia). Todo esto se sufría sin otros medios de agua potable que los cántaros y la burra, y por alumbrado el candil o el farol, y para los días festivos o de visita, el carburero minero, si había medios para ir al pueblo a comprar la piedra de carburo.

Y como una más en el campo, mi mujer, madre de mis cuatro hijos, que por razones económicas vivió estas cosas, tenía que ir a lavar la ropa en el invierno a más de un kilómetro de mi casa, en otra finca, donde el agua era más templada. A veces hasta ocho o diez días antes de tener un hijo. Asimismo me ayudaba a segar con la hoz a mi lado, o en la era, bajo el ardiente sol de los meses de junio y julio, a más de treinta grados de calor. Tareas que repetía su regreso de la maternidad, siempre ayudando en todos los trabajos agrícolas, porque no siempre habían unas pesetas para avisar a un jornalero; me refiero a los años sesenta, que una jornada de trabajo en el campo ya se pagaba sobre treinta o cuarenta pesetas, y a mi, cuando me avisaban en otra finca para sembrar me pagaban setenta pesetas desde el amanecer hasta el anochecer, y yo mismo tenía que derramar la simiente, contando que mi trabajo comenzaba a las tres de la mañana, que me tenía que levantar para pensar mis mulas, andar tres kilómetros y ser puntual al trabajo, con mi lema: «para enganchar era tarde y para desenganchar temprano».

Pues todas estas cosas pasaban así en el campo, eran tiempos de escasez y no sobraba de nada. Cuarenta años más tarde, la mujer lava la ropa en su lavadora, el pan lo llevan a domicilio, la ropa ya no se remienda, la juventud ya se aburre de tanto confort, y se compran pantalones rotos con agujeros y otras prendas con remiendos superpuestos. Esto ya es vivir en «Jauja», mientras que nuestras madres y abuelas se afanaban por remendar todas las prendas que podían para no enseñar la carne y vestir decente, siguiendo el dicho de «quien remienda su sayo, pasa su año». Porque en aquellos tiempos, lo primero que tenía que aprender la mujer casadera era saber remendar y coser, porque más tarde, para ella, sería una honra poner los remiendos bien puestos en las ropas del marido: desde unos calzoncillos hasta un cuello de camisa; así como también en las de sus hijos. Porque junto al ahorro, en estas cosas se podía apreciar la inteligencia y la curiosidad de aquella mujer. Años más tarde, la ropa ya se compra como el tabaco y las bebidas. El despilfarro es el hijo de la propaganda, negocio de fabricantes.

Siguiendo el hilo de la vida del pastor, también había otra costumbre o deber en la casa de los labradores, como la de dar al pastor y al mulero un pan casero el día de la quincena o mudá, cuando iban a sus casas, para ese día que comían con su familia. Y también añadido que el día de quincena era riguroso, pues no tenía aplazamiento alguno, aunque el mes tuviera algunos días festivos, salvo que en la casa del amo pasara algún contratiempo, como accidente, enfermedad o un difunto en la familia.

El pastor, aparte de cumplir con su misión todos los días éste ayudaba en la casa las horas libres en las siguientes cosas: limpieza de corrales, poner cama seca al ganado, cuidar y poner pienso a reses desnutridas o enfermas, reparación de algún cobertizo, etc. Como también era obligación suya, cuando paría una res, estar atento si echaba las parias de la cría; de no ser así, podía costar la vida al animal; entonces había que echar mano a los remedios caseros: el primero, si habían pasado tres o cuatro horas y las parias sólo asomaban un palmo, entonces con una cinta se le ataba un trozo de madera de unos 25 gramos a forma de péndulo, porque tenía que salir tres palmos más, y de esta forma, el movimiento de la res cuando orinaba, en dos días iba fuera. Y para evitar la infección y le quedara el cuerpo limpio se le daba un buen cocimiento de ruda, planta muy conocida por las personas del campo, de olor desagradable pero muy curativa; esto se le daba como un litro, con una botella por la boca, poniendo al animal con la cabeza hacia arriba, repitiéndose durante uno o dos días; lo mismo se hacía en los abortos.

También esta planta tenía su aplicación medicinal en las personas: cuando un chiquillo o persona mayor tenían el cuerpo con empacho o sucio por comida recia o mala digestión, se les ponía una lavativa o irrigación de esta agua de ruda y el cuerpo quedaba limpio y desinfectado rápidamente. Esto se podía emplear en criaturas de corta edad regulando la cantidad. En mi casa se empleó con mis hermanos y también los vecinos, esto se llamaba un lavado de ruda. También puede tomarse bebida en ayunas; esta se ha venido empleando desde tiempos remotos, aunque su olor es fuerte, su efecto es muy curativo. También sirve, bien hervida y templada de calor, para curar una subida o irritación en los ojos, que se solía decir: «tiene los ojos malos». Pues haciendo dos lavados diarios mediante un algodón se curaba la molestia. Estas irritaciones solían pasar con frecuencia a los muchachos del campo durante los meses de septiembre y octubre, por haberse tocado con las manos sucias en la vista, después de haber comido y estrujado una graná, pues la corteza de ésta debe de tener algo de nocivo porque también se emplea para tinte de lana.

En mi casa tuvo lugar el siguiente hecho: cuando al menor de mis hermanos cierto día, mi madre se disponía a llevarlo al médico, apareció por mi casa un viejo guardia de monte amigo de mi padre, conocedor por su profesión de muchas plantas del monte, aconsejando a mi madre que no lo llevara al pueblo, que tenía la medicina a cincuenta metros de la casa; pues ella accedió ya que era un poco reacia a las gotas, sabiendo que una criatura de pocos meses había perdido un ojo por una de estas curas o similar. Entonces mi padre, de inmediato cogió la conocida ruda y mi hermano a los tres días ya tenía su vista normalmente bien. A pesar, repito, de su desagradable olor, que tan sólo basta con rozarla, andando por el monte, con nuestra ropa o con una «gayá». Esta planta está muy esparcida por el monte, vive camuflada entre los romeros y las chaparras, su altura a veces supera un metro, de hojas rizadas, su flor es amarilla en forma de cáliz. Que también tiene su dicho: entre amigos o personas populares se le dice «eres más conocío que la ruda».

También hay otro desinfectante muy antiguo y conocido que sólo sirve para una cosa: con el agua de unas hojas bien cocidas de nogal se puede hacer lavados en las infecciones vaginales de la mujer, desde tiempo inmemorial; repito, que todavía se sigue empleando.

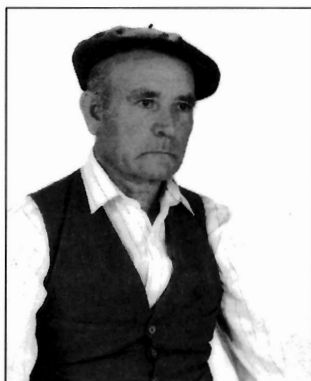
Otra planta curativa que sólo sirve para curar molestias de estómago, no para heridas, es la llamada «hiel de la tierra» (es una herbácea, aparece en primavera y verano, crece vertical hasta un palmo de altura, de flor blanca en forma de estrella, de sabor amargo



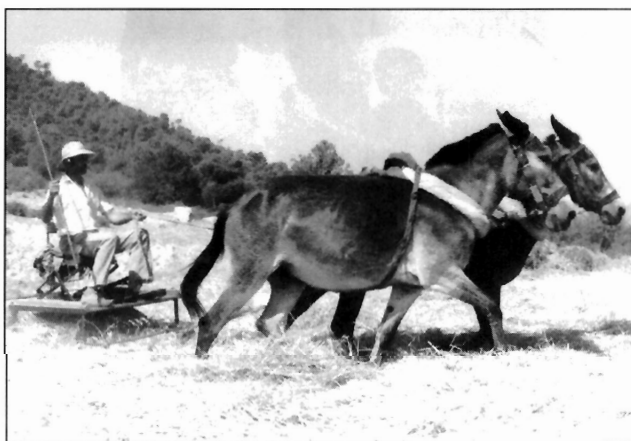
La criba del grano para separarlo de las últimas pajuelas.



La familia sobre el trillo.



Aventando la paja.



La trilla en la era.

como lo indica su nombre). Esta, hervida, puede tomarse en ayunas para ciertas molestias como dolor de estómago, la empachez y la desgana de comer, etc. También puede mezclarse con árnica real, (planta de hojas finísimas, de flor amarilla, altura sobre un palmo, crece en las juntas de las piedras calizas, siempre en las solanas de los montes,) que yo llamo reina de las hierbas; ésta, mezclada con su compañero «rabo de gato», forman un buen remedio para curar tantas heridas que nos hemos hecho en el campo con el arao, la azá, el hacha o la hoz.

Esto, yo, lo tuve que emplear en casos de animales expuestos a veces a morir; y por citar alguno, el siguiente: pues cierto día, al notar que la mejor de mis dos mulas cojeaba de una pata, de inmediato, la llevé al veterinario (don José Aguilar Serna, con quien las tenía «igualás»), él, tras un pequeño reconocimiento al tacto, me dijo que podía ser un mal (esfuerzo tirando del carro) esfuerzo tirando del carro, que la dejara descansar unos días; pero yo, no quedando conforme —porque demostrado está que todos tenemos derecho a equivocarnos en la vida—, cuando llegué a mi casa, bien «trabá» y «atá» dicha mula, quité la herradura, y limpiando cuidadosamente toda la parte baja de su casco y percibiendo el temblor del animal llegué al punto de su mortal dolencia, —digo mortal porque en la parte más profunda de su ranilla, recibí un escalofrío cuando vi que tenía una púa de más de cuatro centímetros clavada totalmente; que de no haber sido por mi curiosidad y estímulo hacia el animal, que aparte de su trabajo y valor daba compañía en la casa, esta hubiera muerto a los pocos días de tétano, llevándose su secreto al barranco. Yo, rápidamente, ayudado por mi mujer y tomando las máximas precauciones, porque el animal, defendiendo su dolencia me podía matar de una «patá» entonces saqué aquel oxidado clavo y rápidamente preparé un cocimiento de las dos plantas mencionadas anteriormente, lavando su dolencia durante dos días, y la mula quedó sanada para el trabajo.

Continuando otra vez en la vida y obligaciones del pastor, éste, durante el día, mientras apacentaba el ganado, también hacía sus pequeños trabajos manuales, como cestos, cordetas, esparteñas, «cernachos»; también si cogía alguna docena de caracoles, todo esto lo vendía en el pueblo el día de la quincena, que a veces también lo hacía de encargo, cuyo importe de estas cosas, que lo más corriente era: unas esparteñas de hombre, hasta 4 ó 6 pesetas, según lo bien hechas que estuvieran; un buen cesto de «fielte» o relleno se pagaba hasta 1'50, y una docena de caracoles (si estos eran gordos), hasta 25 céntimos (o sea, un real). Cuyo importe de estas cosas era para cubrir sus pequeños gastos mensuales, como tabaco, papel de fumar, cuchillas de afeitar, mercarse una «gayá» o un cencerro pesetero, mecha, etc. A pesar que en aquellos tiempos, tanto pastores que fumaban como obreros del campo, usaban el chisque, que consistía en un «deslabón» de acero, una piedra de lumbre o pedernal de las mismas que se ponía a los trillos y un trozo de mecha que muy hábilmente en pocos chiscazos encendían su cigarro, liado con papel marca «Alegría», «Bambú» o «Quevedo» —el favorito de mi padre—. Todo esto bien guardado en una pequeña bolsa de pana, muy bien hecha artesanalmente por su mujer o la novia. Otras veces tenía que pagar al herrero el trabajo de una «almará» por haberla roto o perdido, herramienta indispensable para hacer las esparteñas. Y como un detalle más, añadido la costumbre de llevar el pastor esta punzante herramienta; pues cuando andaba por el monte haciendo unas esparteñas, se paraba, o si podía, se sentaba en una piedra, siempre mirando de reojo al ganao y a su fiel perro, pero al salir andando, la almará se la ponía entre el

cuello de su ropa y la carne, justo entre la parte del cogote, porque de esta forma caminaba seguro porque ésta iba totalmente vertical en su espalda, que sólo asomaba el puño, parecido a la certera estocada de un torero, que sólo queda visible el puño. Esta vieja costumbre de los pastores se debe a que andando rápidamente por el monte podía caerse un porrazo o resbalón, y al llevar la almará en las manos podía clavársela en el pecho, cara o vientre, lo que llevándola en el cuello, nunca podía pincharse, cayera como cayera. (Una ciencia más).

El hacer un par de esparteñas de las buenas, buenas, se llevaba dos días de sol a sol y parte de la noche, durante la velada; éstas podían valer hasta diez pesetas; que había que hacerlas de la siguiente manera: comenzando por el esparto, tenía que ser «cocío», bien blanco, largo y bien «picao» —lo mejor a mano, con la maza, lo más normal en el campo—, para trabajarlo bien con los dedos y poder hacer bien los avíos, que se componían de 9 ó 10 brazas de recincho de cinco ramales, bien hecho y apretado, 2 cordeles de dos brazas, más o menos, para coser las suelas; primero, urdir las a medida del pie si era necesario por ser de encargo, a continuación cuatro guitas finas de tres ramales de un esparto y medio cada uno, lo mínimo de cuatro brazas: dos para las caras y dos para los talones; a continuación, enguitar las caras unas 25 vueltas, los talones de doce a catorce; pasar los puentes o ataques. Todo este trabajo se hace con la almará, y, muy importante, toda la guita tenía que estar muy bien pelada de «cucarras» o cabezas de esparto; y cada vez que se enhebra la almará es importante que toda la guita ha de pasar cuidadosamente por el tacto del dedo pulgar y el índice para que no lleve vuelta y las cucarras queden hacia afuera y no rocen los pies.

EL AYUDANTE DEL PASTOR

También era costumbre cuando un ganao pasaba de cien a cientocincuenta cabezas, el pastor, de acuerdo con el ganadero, solía llevar un ayudante. Se trataba de un muchacho de 9 a 12 años que pastoreaban juntos, comían y convivían como si se tratara de un padre tutor; éste, aparte de ayudar a apacentar el ganao, iba aprendiendo por sí de mayor le gustaba el oficio, poder ser un buen profesional. El ayudante estaba siempre a las ordenes de su mayoral, para ponerse donde más precisara, junto a una viña, sembrado o lindero, y también como recadero para ir a la casa a traer algo olvidado, como tabaco, agua, comida, etc. Y también tenía que transportar a la casa los corderos que nacían en el campo durante el día, a veces, dos o tres. Pues este muchacho, que tal vez había sido pavero el año anterior en la misma casa y ya se había ganado la confianza por su buen y honrado comportamiento, pasaba al grado de ayudante de pastor que, también a veces surgía que un vecino que lo tenía bien observado y sabía que aprovechaba, trataba de sonsacarlo de esta casa ofreciéndole alguna peseta más; lo más corriente eran de 12 a 15 pesetas al mes. Pues así iba pasando la vida de este jovencuelo, en primer lugar analfabeto, ingenuo y sin haber tomado la tradicional «primera comunión», sin celebraciones de su cumpleaños, o día de su santo..., pero contento porque se hartaba de pan de carrasca (como lo llamaba la gente del pueblo), que bien se lo ganaba porque en el tiempo que el ganao estaba en el corral, el ama de la casa no paraba de mandarle cosas, como por ejemplo: le decía:

«Juanico, traeme un cántaro de agua del aljibe, después, traeme la leña para hacer la comida, que tal y mientras que la hago te vas a la viña y te traes un capazo de hierba que sea más grande que tú». Otro día muy temprano, cuando blanqueaba la escarcha en los bancales, tenía que ir a la casa de alguna vecina, a más de un kilómetro, a llevar una pava metía en un saco para echársela al pavo semental; siempre recalcado de advertencias: la primera, que no gastara tiempo, que llevara cuidado con los perros que eran muy malos, que llevara una vara en la mano; y cuando volvía, cansao del viaje, si no estaba hecha la gachamiga dura hecha o las patatas fritas, para almorzar, lo mandaban a limpiar las marraneras y llenar de agua limpia los tiestos a las gallinas y a los pavos.

Pues así iban pasando los días, sin parar de trabajar durante catorce días que le tocaba el de quincena, para ir a su casa a descansar y que su madre le lavara y le remendara la ropa; y si le veía liendres en la cabeza, cogía las tijeras y le cortaba el pelo al rape, lavándolo con jabón casero para que no criara piojos. Porque en la casa que estaba sirviendo no había ducha, ni lavabo ni otro aseo que el retrete del paleral y un caldero de agua para lavarse las manos antes de sentarse a la mesa, hasta que llegaba el verano y se podía bañar en alguna acequia o balsa. Así era la vida del ayudante, que junto a su mayoral iba aprendiendo cosas del campo, conociendo las hierbas medicinales y cada una para qué servía. Por ejemplo: el jaguarzo, planta parecida al romero, sólo que su flor es blanca en forma de margarita; pues esta, según viejos pastores, cuando una res en el monte le mordía una víbora, y el pastor, por su balido se daba cuenta, de inmediato buscaba un jaguarzo lo más tierno posible, y con sus tallos recién cortados pinchaba varias veces en la parte mordida, apretando a la vez para expulsar el veneno; que si no era en la ubre o en la barriga, que por la cantidad de venas que tiene, el veneno se transmite más rápido, ésta se salvaba siendo en patas o manos. También había otra planta para curar la diarrea o «esforrió» en los corderos, a causa de comer hierba con escarcha, ésta era el «matapollo», planta envareta, de hojas finas y alargadas, que a veces los gitanos empleaban en sus canasta; ésta es de flor blanca y tomatillos de color amarillo a rojo, muy estimulante en las perdices; a esta pequeñas varas se les puede quitar su piel con facilidad. Pues cuando un cordero o cabrito tenía esta enfermedad, de inmediato se le quitaba la piel a una vara de «matapollo» de dos a tres palmos, y se le ponía con varias vueltas en el tronco o cepa de su ravo, y a medida que esta se iba secando, el esforrió se le iba quitando. También esta planta era muy usada por las mujeres en el campo para barrer el horno antes de echar el pan para cocerlo. También les servía de experiencia para ver cómo estaba éste de calor; porque esta especie de escoba con estos tallos recién cortados, al meterlos al horno, si crujían a forma de traca, éste estaba muy fuerte, había que esperar unos minutos para echar el pan; y de ahí el refrán: «cuidao que no está el horno pa sobaos».

UNA PLANTA LLAMADA MALVA

Usada también en el campo como medicina, que se trataba de lo siguiente: cuando una criatura de corta edad tenía un fuerte catarro con ronquera y pitos en su tierno pecho, se le ponía un pegao o cataplasma de malvas, planta herbácea muy conocida en el campo y huerta, de hoja redonda y flor morada, de tallos horizontales. Esto se preparaba de la

siguiente forma: se cogía un buen puñado de esta planta, se cocía bien como si se tratara de uso comestible y después de bien hervía y escurría en un plato, se preparaba como una ración y de inmediato se trituraba con una cuchara, añadiendo una de manteca de cerdo en buenas condiciones (que no estuviera rancia) y otra de harina de linueso, esta comprada en la farmacia. Todo bien mezclado, siempre caliente, se ponía sobre una franela o trapo de lana, todo envuelto como un paquete de correo; esto se le ponía a la criatura en la parte de su pecho, a la temperatura que pudiera aguantar su edad, sujetándolo bien con su misma ropa, todo esto, preferentemente por la noche: que por la mañana, aquella criatura, su catarro ya no era seco y su respiración más suave. Aquella cataplasma, a la mañana siguiente se tiraba, y si el catarro era muy fuerte, se podía repetir a la noche siguiente, si no, con una sola vez bastaba. Esta planta también tiene su viejo dicho: cuando una persona es buena, se dice: «es una malva». Pues actualmente, para la misma enfermedad, ya se usan productos de farmacia con precauciones y límites de edad, mientras aquel otro era totalmente inofensivo hasta para un recién nacido de mantillas.

Otra vieja costumbre muy solemne que se celebraba en el campo, como en la población, era el día de la Ascensión; un día muy señalado en el año, con su viejo dicho de que ese día ni los pájaros mueven los huevos en sus nidos. Pues ese día, todos los de la casa paraban sus faenas de trabajo, incluidos pastores, que le ponían al ganado de comer en el corral o lo sacaban hasta el mediodía; como ese día, tampoco labraban las mulas. Y como todas las cosas de la vida tienen sus dichos, en ésta también lo había: pues ocurrió que cierto labrador, por su rusticidad de tacaño o tal vez su incultura de poca creencia no dejó sus faenas ni dejó parar de labrar a su mulero ese día; pero más tarde, a la hora de la recolección, sus vecinos y conocidos le formaron el siguiente refrán:

«Al trigo del Colmenero
le ha dado tizón
por haber labrado la tierra
en el día de la Ascensión.»

Esta es una enfermedad de los cereales, que parte de las espigas quedan como carbonizadas, que con los dedos se pueden triturar, quedando como el hollín de la chimenea. Esto se advierte en años de mala cosecha o sequía.

Pues esto no quiere decir que el hecho fuera real, sino como crítica, ya que ese día, respetuosamente era fiesta de guardar por todos los de la casa, que gustosamente paraban sus faenas que a la vez aprovechaban para hacer sus visitas entre la vecindad y sus amistades, vestidos honestamente con la ropa más limpia y decente, que a veces terminaban con un pequeño baile como homenaje a ese día tan grande. Costumbres ya perdidas porque ya se va contra reloj.

Había otra costumbre por parte de la Iglesia. Esta me hacía mucha gracia y alegría escucharla, que a veces a varios kilómetros paraba mi trabajo para no perdermela; pues se trataba de lo siguiente: a partir del día uno de mayo, todas las mañanas de dicho mes, las campanas de la parroquia mayor, a través de su campanero que magistralmente les hacía cantar con su sonido la siguiente frase bien repicada: «Agua sí, piedra no». Esto era como pedir la bendición y protección a nuestras cosechas de todo el campo, ya que desde el mes

de mayo están expuestas al pedrisco y a la tormenta. Pues era agradable, repito, en el silencio de la mañana escuchar aquel alegre tintineo de campanas por el hortelano mientras cavaba o regaba sus hortalizas en su verde huerta; o este otro, el labrador, contemplando en sus bancales y cañás, las cebás en su punto de granazón, ya tomando color; el fruto de sus esfuerzos de todo el año, hecho con ilusión y su mayor fe.

Como esta otra costumbre del angelus a las doce del medio día, que nos señalaba un alto al trabajo y a la pausa de los que habíamos hecho o quedaba sin hacer, la hora de la mesa para tomar alimentos; igual se haría mañana como se hizo ayer. Yo llamo a estas cosas un freno y un respeto de la creación, símbolo de buena convivencia que no costaba dinero ni molestias; una costumbre más perdida, que sólo quedarán algunas escritas y olvidadas en las amarillas y polvorientas hojas de algún libro.

Otra pequeña costumbre en el campo que se remonta desde la antigüedad, inclinada un poco hacia la Iglesia, que tampoco era obligatoria pero si no se hacía, era criticada y no bien vista por las demás personas, que tal vez le dé risa a mi querido lector. Pues se trataba de lo siguiente: en la semana siguiente, desde el amanecer del día de jueves santo, hasta las diez de la mañana del Sábado de Gloria, hora oficial de la Resurrección, que también tenía su reflejo de alegría en las casas de campo, incluida en la de mis padres; el que tenía escopeta hacía algunos disparos, no muchos porque un cartucho valía hasta una peseta, y las mujeres, todo el año guardaban todas las vasijas de barro que ya no servían, como cántaros, ollas botijos y cántaras, etc. que para ese día que entre risas y alegrías, desde las ventanas más altas esclafaban en la calle; en la población, las ruidosas carretillas. Pues la siguiente costumbre era que las mujeres no se peinaban ni se lavaban la cara y las jóvenes que tenían novio, aparte de esto tampoco se veían ni hablaban con éste; pues esta abstinencia de dos días y medio lo hacían como respeto y ofrenda a la muerte de Jesús, que junto al ayuno y a las promesas, se dedicaban a los oficios religiosos. Esta pequeña versión me la contó más de una vez mi abuelo materno Miguel Camacho, hombre formal y de palabra, que él conoció en su juventud.

EL CORDERERO

Este muchacho, ayudante del pastor, como he dicho en páginas anteriores, ya acostumbrado al trabajo y saber tratar a los animales, a partir de los meses de septiembre, que aumentaba la paridera de las ovejas, éste, en el invierno y la primavera del año siguiente, o sea, hasta el mes de mayo, tiempo de la esquila y de desrabar las corderas seleccionadas para su cría y renovación de las más viejas, pasaba a otro ascenso: corderero; y si el ganado era de cabras, chotero. Como un pequeño pastorcillo bien enseñado por su mayoral de lo que tenía que hacer, ataviado con su pobre vestimenta compuesta de: unas rudimentarias abarcas o esparteñas, una gorra vieja, zurrón, una botella forrá con esparto, llena de agua, un buen látigo y si hacía mucho frío, su ama le daba media manta mulera o una chaqueta vieja; y también, como cosa de su edad, siempre llevaba en los bolsillos tres o cuatro cepos de coger pájaros, como totobías o trigueros, y por último, una onda para tirar piedras a distancia, su pequeño deporte o mayor distracción, a pesar que ya iba severamente advertido por su amo que no tirara piedras a los corderos con la onda porque esta pedrá

podía dejar alguno cojo, tuerto o, incluso, muerto. Pues por la mañana, después del almuerzo en la casa, el ama le ponía en su zurrón el pequeño companaje, lo más corriente era una sardina, un tarugo de pan amasao en la casa, a veces de ocho días, una naranja o almendras; otro día, una onza de chocolate, graná, olivas y cebolla, y si la casa era buena y habían matao el marrano, y éste se portaba bien, a lo mejor tenía suerte y algún día le ponían alguna morcilla o tocino.

Pues a este pastorcillo se le confiaba una punta de corderos, a veces hasta cien o más, que tenía que pacer lo mejor posible para que engordaran bastante; que como animales jóvenes, cuando salían del corral, éstos corrían a toda carrera camino adelante con dirección al cercado. Esto era un bancal que se guardaba solamente para ellos; todo labrador, cuando segaba y recogía las mieses a la era, el mejor bancal ya quedaba destinado para los corderos porque aparte de la buena hierba, también tenía la «riza» (esto era las espigas y los granos caídos y enterrados que las primeras lluvias nacían junto a la buena hierba y se formaba abundante forraje). El cercao también tenía sus señales que prohibían la entrada a cualquier ganao; consistía en poner unas cañas con un poco de broza hacia arriba como una escoba al revés; quien no respetara estas señales se podía denunciar judicialmente. Y la segunda, más segura y rigurosa que la anterior, porque sus señales no admitían ninguna pillería ni las podían quitar nadie; esto era dar dos surcos con el arao alrededor del bancal, siempre paralelos con dos metros de separación, esto tenía cierto parecido a una línea de ferrocarril. Esta señal imborrable significaba vallao o cercao; cualquier ganadero o pastor que no respetara estas señales podía ser denunciado sin reclamación ninguna.

Pues como he dicho, el pobre muchacho, sin ayuda de nadie, se las tenía que apañar solo, corriendo que para seguirlos tenía que darse con los talones en el culo, cargado con tantos enredos como manta, zurrón, botella, látigo, onda, cepos, etc. A veces, hasta lloraba porque si los corderos se escapaban al sembrao, su amo a la noche le daría algún correazo o puntapié, pero si el sembrao era del vecino o estaban peleaos, el corderero no esperaba indulto.

Pues así era la mocedad de este muchacho. En los días fríos del invierno, también pasaba sus malos ratos, tiritando de frío, sin calcetines, con alguna «buaña» en los tobillos, empozoñas por los chiscazos de las abarcas o sus lañas, pero él tenía que estar en el cercao hasta la postura del sol, la hora en que se llevaba los corderos a donde estuvieran las madres para que mamaran. Entonces, pastor y corderero caminaban juntos por alguna verea hacia la casa, contándose alguna peripecia que habían tenido durante el día, como un cordero pequeño que se le había perdido que más tarde apareció durmiendo en un tollo. El pastor también contaba las suyas, cargado con la manta, el morral, el «gayao», un manojo de esparto, una madeja de recincho y demás avíos para sus trabajos manuales, a veces hasta mojaos y llenos de barro, o con una borrega que había parío dos, que los portaba uno en cada mano, que le untaban los pantalones de sangre con la tripa del ombligo y la madre, balándole, le pisaba los talones. El, también, a cierta distancia, los dejaba descansar unos minutos en el suelo, que la madre seguía lamiéndolos sin apartarse de ellos; y contando que uno de estos, en el parto, venía al revés, parto difícil que había que ayudar, y más difícil si uno de los dos venía muerto, entonces había que hacer de comadrón, cosas que las sé por experiencia de más de sesenta años; mi padre me confió treinta reses por tiempo indefinido, hasta que me relevó mi segundo hermano; y así, viendo a mi padre y

oyendo sus consejos, iba aprendiendo muchas cosas: la selección, las enfermedades, algunas incurables como la «morra» (que los veterinarios llaman torneo), el síntoma es el siguiente: la res va dejando de comer en los primeros días, y por las mañanas, a la salida del sol, se queda con la vista fija hacia éste, y cuando camina lo hace siempre en línea recta, contra una pared, o si hay un barranco, tampoco retrocede, y cuando para da cientos de vueltas o torneo en menos de dos metros. Su vida, si es joven puede durar hasta veinte días o más. Yo las tuve en dos ocasiones, esa enfermedad se les coge a la cabeza como una especie de locura o atontamiento, sin hacer caso de su cría ni de las compañeras; dicha enfermedad no se contagia, pero no se sabe tampoco exactamente de donde proviene, sólo indicios, el más cercano de viejos pastores es el siguiente: que esto proviene cuando una res hambrienta o de poco tacto se come una hierba en el campo recién meá por una zorra, cosa que en las cabras no ocurre —éstas poseen un tacto finísimo—, prueba que donde muerde una borrega no muerde una cabra, en cambio la primera sí lo hace donde la segunda. Pues dicha enfermedad producida por la zorra, yo casi estoy convencido, porque según el Dr. Félix Rodríguez de la Fuente, en uno de sus relatos comentó que la rabia o hidrofobia de los perros es transmitida por el zorro, ¿por qué no puede transmitir ésta otra? Pues yo, como cualquier hombre del campo y haber andando tanto por el campo, conozco cuando percibo ese fuerte olor en cualquier hierba o matuja, que lo haya hecho una zorra la noche antes.

También hay otra enfermedad en los corderos que tal vez la ignoren ciertos ganaderos nuevos. Se trata de lo siguiente: durante la paridera, las reses que paren de noche, a la mañana siguiente, las parias, hay que hacerlas desaparecer fuera del corral, porque de no hacerlo así éstas, con el calor de la basura, a las 24 horas ya están descompuestas, y si un cordero recién nacido duerme cerca y su tripa del ombligo está tierna o sangra, le produce tétanos y muere enclavijao, cosa que mi padre me lo tenía advertido en mis primeros años de pastorcillo.

Otra enfermedad en las ovejas, que se puede dar en el 1% (yo conocí uno cuando a una de las mías le pasó, se trataba de una primala de dos años que me dispongo a explicar el caso): la res afectada, en primer lugar deja de comer, poniéndose triste y estornudando con mucha frecuencia, echando a veces gotas de sangre por sus narices, muriendo a los ocho o diez días. Yo, por mi curiosidad, cuando murió, corté su cabeza y cuidadosamente la abrí de la misma forma que lo hace un carnicero, quedando muy sorprendido cuando vi que entre sus irritados tejidos nasales tenía unos pequeños gusanillos del tamaño de medio grano de arroz, los que al moverse le producían cosquilleo, obligándole a fuertes estornudos que la hacían expulsar a veces sangre. Pues según viejos pastores, esto proviene de la siguiente forma: cuando el ganao, en los meses de verano, pasa las horas de la siesta en el corral, hay reses que por cansancio o mucho sueño, durante unos minutos no perciben en sus narices una pequeña mosca verde muy brillante que suele vivir en los corrales y montones de basura, que una vez satisfecha se marcha dejando unos huevecillos en sus narices, que mediante la respiración éstos pasan a los tejidos nasales, donde con el calor, a las pocas horas quedan incubados y desde ese momento ya empiezan a moverse para alimentarse y la res camina hacia la muerte. Pues yo, días más tarde, tuve la ocasión de hablar con mi veterinario, Don José Aguilar, y conté el caso tal como lo había hecho él, tras escucharme atentamente, me felicitó por mi curiosidad, añadiendo que de no haberle hecho aquella pequeña autopsia, nunca hubiera sabido el cómo y de qué había muerto; que

esto me serviría de experiencia puesto que esta enfermedad él ya la conocía por sus estudios y se llamaba «neosis». Pero como bien se dice que no se para de aprender hasta que no se muere, pasado cierto tiempo, aprendí de un pastor ya jubilado que aquello, cogiéndose a tiempo, en menos de tres días, se podía curar con la mayor sencillez, poniendo a la res con la cabeza hacia arriba, lo más vertical posible uno o dos minutos y echar unas gotas de aceite de oliva de la mejor calidad en cada uno de sus orificios de las narices, el aceite, cuando llegaba a fondo, despegaba estos gusanillos, y al estornudar el animal los expulsaba fuera.

Una experiencia que nunca estará de más saberla, a pesar que ya hay numerosos insecticidas capaces de eliminar a estos contaminantes insectos.

Adentrándome un poco más en esto de las enfermedades y sus cuidados, cito otro caso más de daños y molestias que siempre ha ocasionado esta mosca, parecido al anterior, sólo que éste es más fácil de curar por ser más visible y vigilado por los pastores. Pues en la época de verano y en las horas de descanso y sueño, yo tuve que curar en dos ocasiones, que mi querido lector lo va a ver un poco extraño pero es real. Pues se trata de los siguientes: cuando uno de los moruecos (sementales), repito, durante su descanso o sueño, esta repugnante mosca se para en la boca de su miembro genital, depositando sus huevecillos entre sus pequeños repliegues, donde al cabo de unas horas quedan incubados y pegados al tejido interior, que tan pronto como empiezan a morder viene la inflamación del miembro y la inquietud del animal que apenas puede orinar, que no si no se cura a tiempo, estos pequeños gusanos van adentrándose y a la vez creciendo hasta llegar al tamaño de un grano de trigo, que hasta puede morir el animal o quedar mutilado. Pues yo, que ya sabía por mi padre el peligro que corría y sus cuidados, lo más corriente era un lavado con zotal rebajado con agua o miera de las que se pone a las mulas en el casco para matar el hormiguillo; estas larvas, en los primeros días se pueden ver apiñadas en forma de alcachofa, pero tan agarraos que ni con los orines se despegaban, lo que tiene cierto parecido a las sanguijuelas que tuve que quitar a mis mulas en más de una ocasión, sólo que a éstas se cogen debajo de la lengua, algunas de más de seis centímetros, y se reproducen en las llamadas aguas blandas o estancadas, dándose el caso en personas que de no acudir pronto al médico puede morir ahogado, porque se les coge a la garganta. Cuando descubrí esto del carnero, lo até de patas y manos tal como se hace para la esquila, y empleando el medio más seguro, con unas pinzas y la ayuda de una pequeña lupa que tenía para ver los parásitos de los árboles, le quité más de una veintena de estos mortíferos gusanos, después el tradicional lavado con agua de rabogato para desinfectar aquellas pequeñas lesiones; al día siguiente lo volví a mirar por si había quedao algo, pero por suerte ya estaba curao.

Estos casos se dan con frecuencia mayormente durante la cubrición de las ovejas, que dicha mosca es atraída por el fuerte olor de los orines y el semen.

EL DESPANOCHO

Otra costumbre ya perdida en las casas de campo y huerta. Cuando llegaba la recolección del panizo, que tenía lugar durante los meses de noviembre a diciembre, cuando éste

estaba de coger. A esto se le llamaba despanochar, que dicho trabajo, la mayoría de las veces lo hacían entre los mismos vecinos, que se ayudaban unos a otros. El día comenzaba así: por la mañana, mientras se quitaba la escarcha y el rocío, se aparejaban las bestias, se preparaban bastantes capazos, también los serones; entre tanto se hacía una buena sartén de gachamiga dura con pimientos secos, de esto se encargaba el ama de la casa, la mayoría de las veces con harina de panizo, porque en las casas de la huerta no siempre había harina de trigo. La de panizo, más rústica e insípida para comer; y como la tienda no estaba a la vuelta de la esquina, a lo mejor no quedaba ni sardinas en casa, pero con ayuda de olivas y buenos cascós de cebolla iba pasando esta gachamiga, porque para el hambre no hay pan duro y se llenaba la barriga hasta la noche, porque en estos meses los días son más cortos y había que aprovechar bien el tiempo. Ya, una vez almorzos, aquella pequeña cuadrilla, marchaban al bancal a despanochar, hombres, mujeres, muchachos y también llevaban las mulas, las burras, el burrucho de alguna que estaba criando, también la cabra, dos boregas melguiceras y el marrano, etc. Y a uno de los muchachos, siempre el más pequeño, se le encargaban los animales mientras pacían en el algún ribazo o rastrojo, bien advertido que no se metieran en lo del vecino, porque entonces su padre le reñiría severamente, añadiendo: «te voy a espabilar, que tienes los ojos muy llenos de pan». (Esta frase también me la decía mi abuela en los años de nuestra guerra civil, que a mi me molestaba mucho esto, porque a veces me pasaba más de diez días sin comer pan).

Siguiendo con el despanocho, el panizo se partía a iguales partes entre el dueño de la tierra y aparcerero (mediero). Se medía con un capazo echando uno a cada montón. A veces, en algunas casas, la partición la hacía el terrajero, que aparecía por allí mandado por el dueño, el mismo que iba a la era en los días de la trilla. Posteriormente, la parte del dueño se la llevaba a la casa. Todo este trabajo se hacía con las llamados capazos de pasa o quintaleros, (se llamaban así porque bien llenos cabían hasta cuatro arrobas de patatas) éstos, llenos de panochas con colmo, entre dos hombres se echaban en los serones, que con tres capazos, la burra ya iba bien cargá.

Pues así iba pasando el trabajo del día, que a la caída de la tarde, el pobre muchacho con hambre y frío, que no paraba de limpiarse los mocos con la manga de la camisa o jersey, preguntaba ¿cuánto queda?, ¿cuándo nos vamos a ir? Y ya por la noche, terminada la faena de todo el día en el bancal, había que cenar algo caliente, lo más corriente era una buena cazuela de patatas con bacalao o patatas en caldo, como le llamábamos, que era lo mismo; con sus ingredientes, que no eran gran cosa, las patatas se partían redondas, siguiendo la figura de ésta, se sofreían un poco con aceite de oliva, se añadía el agua necesaria, pimientos secos de dos a cuatro, dos hojas de laurel, azafrán, a ser posible, en pelo, pimentón y una cola de bacalao, con lo que resultaba una sabrosa cena con su olor muy agradable.

Después de cenar venía el segundo trabajo, que era muy divertido: desperfollar, o sea, limpiar las panochas una por una de sus perfollas, al que acudían los jóvenes de toda la vecindad de mayor o menor distancia; pero por cosas de la naturaleza salían algunas panochas colorás, entonces al que le salía una panocha de éstas tenía un premio: dar un abrazo a una de las mozas allí presentes, lo mismo podía hacerlo ella con algún simpatizante; pero esta vieja costumbre también tenía su reglamento, una vez reunido todo el grupo, el amo de la casa, antes de empezar decía: «aquí valen las colorás». Entonces la

joven que tenía novio y no quería que la abrazara algún contrincante de éste, no tomaba parte en el desperfollo, porque si lo hacía no podía negarse a un fuerte abrazo. Y de ahí esta versión contada por mis abuelos, que a veces se dio el caso de que algún mozo no quería que abrazaran a su pretendida, echaba mano a la gayá y se liaban a palos, que se armaba la de san Quintín y cada uno salía por donde podía; que si había hermanos o hermanas del ofendido, la pelea era mayor, porque había tirones del moño, vestidos y delantales rotos y hasta rotura de alguna costilla. entre gritos e insultos terminaban la juerga todos en la calle. Otras veces la velada acababa con otro aire, ya casi a la madrugada, cuando se iba terminando, después de haberse tomado alguna copa del típico anís matarratas, uno de los jóvenes tiraba un panochazo al candil o al carburero; entonces llegaban los abrazos de ocasión en la oscuridad o algún aspirante a «tocólogo» que se llevaba alguna bofetá. Otras veces el desperfollo terminaba cordialmente, advirtiendo los jóvenes al dueño que a la próxima cosecha sembrara más colorás para que hubieran más abrazos.

Por cierto, de estas perfollas también se empleaban, de las mejores y más blancas, para llenar colchones y colchonetas, para mozos, pastores y muchachos, que a veces alguno de estos últimos se meaba en la cama y tenían que poner el colchón al sol, cosa muy corriente en el campo y huerta de algunos zagales. También se decía que desde tiempos lejanos. en las antiguas camas de hierro de nuestros bisabuelos, empleaban el típico lleno de estas perfollas, porque no siempre estaba al alcance la lana a no ser que el padre de la novia fuera ganadero. Mi abuela contaba que lo más corriente era el colchón de borra, pero primero ponían el de las perfollas y el otro encima, que a veces con los dos colchones y la cama que era alta, tenían que poner una silla para subirse. Aparte, la mayoría de estas camas bien eran de muelles, por eso tenían más altura.

Y siguiendo con el panizo, una costumbre ya perdida que resultaba muy divertida en aquellos tiempos de pocas diversiones. Ya perdida, repito, por dos razones: la primera, que los panizos son en su mayoría de semilla híbrida; y la segunda porque el despanocho y demás procesos ya son mecanizados.

El resumen de estas cosas es que sólo quedan los viejos recuerdos, como estos otros que yo recuerdo de los años veinte de mi infancia, cuando mi madre sacaba del horno aquel oloroso pan amasado con pura harina de trigo, sin aditivos, tan sólo con harina, agua, sal y creciente, cocido con leña, en su mayoría romeros y chaparras del monte, que a veces hasta en un kilómetro se percibía su olor a pan cocido, que ella abrigaba con sus tendíos de lana —prenda de su ajuar, que formaba parte con la artesa, cedazo, cesneras, pala, tabla, maseras y el celemín para medir harina y otras cosas—. El pan se amasaba una vez por semana. Se ponía duro pero no ácido ni de mal sabor, de ahí el refrán «más vale pan duro que no ninguno». O, como también aquellas tortas en la pascua de navidad, con nueces y piñones, que mi padre, unos días antes por la noche en la cocina, tras haber echado su día de poda o de labranza, los iba partiendo cuidadosamente para el amasao de éstas con matalauva y azúcar.

Recordando aquellas comidas con su olor excitante, cuando se pasaba por la mañana temprano cerca de una casa de campo, antes de la salida del sol y se percibía el agradable olor a pimientos secos fritos con sardinas, con aceite de oliva para la gachamiga dura, que dan ganas de pararse y llenar los pulmones de tan agradable olor.

Como esta otra, la buena sopa de ajo, que preparaba el ama de casa con coscorrónes de

pan frito, el ajo y los cominos, picados en el mortero y el aceite de oliva que tenía en la alcuza, recién sacao de la tenaja. Esto desprendía un olor muy rico a muchos metros de distancia, al oscurecer, cuando se venía de las oliveras de coger oliva, helao, en las ventosas tardes de invierno. El mulero ya en la cuadra, quitando las colleras a sus mulas, el pastor, en la puerta del corral contando el ganao por si faltaba alguna borrega, que las últimas que entraban siempre eran la coja o la tuerta. El ama de la casa dejaba a la abuela o a la suegra a cargo de la cena y se pasaba al gallinero a contar las gallinas y los pavos; lo cerraba y ya se iba tranquila a poner la mesa en la ancha cocina, junto al fuego con algún tronco de olivera o cepas de viña. Esta misma versión se repetía en las frescas tardes de mayo, sólo que estas eran más hambrientas, porque en esas fechas está la cosecha en el bancal y el granero a punto de barrer, (como bien decía la vieja de San Gil «prepara pan pa mayo y leña pa abril»). Dos meses malos para el labrador, uno frío y el otro hambriento.

Tras estas comidas, como complemento se tomaban los postres de invierno, lo más corriente solía ser frutos secos, como almendras, higos secos en la zaranda de limpiar el arroz, sin olvidar un plato de oliva manzanilla; el vino se bebía en las pascuas o navidades, a no ser que la casa tuviera cosecha propia. La cerveza apenas se conocía, sólo la consumían en casas de señores de buena posición, y mayormente en los casinos. Yo, que nacía en 1923, la primera la bebí a los 18 años. Era bebida de lujo, y lo más corriente en la juventud era el vino vermut con sifón, que un vaso grande costaba un real; de ahí nació la canción de la cupletista que cantaba «vino tinto con sifón». Cincuenta años más tarde, la cerveza se consume en todas las casas, en los años veinte, sólo «El Águila».

En los años noventa, la televisión incita y provoca al consumo de alimentos, bebidas, postres, el pan, los aceites, las conservas, la cama, los esprays, las frutas, el aire acondicionado. Como siempre hay una de cal y otra de arena, también la sociedad en que vivimos nos ha traído las de arena, que son el fantasma de la contaminación, excremento de los inventos, que se va convirtiendo en anticonceptivo de la tierra, que un día tendrá que lamentar el hombre. Todas estas cosas tergiversadas en la pantalla del televisor, el consejero del hogar o de la casa. Yo creo que esto ya no tiene vuelta de hoja: es la evolución del tiempo, que avanza silenciosamente. Y lo de la libertad es el mayor truco para que la gente se sienta a gusto. En los libros ya no existe la página de urbanidad que era un poco de freno a la falta de respeto. Ya cualquier zagal contesta a los mayores a su antojo, aunque no haya aprendido el sistema métrico decimal. El tuteo a mayores es abuso de confianza. Mi padre me lo tenía advertido porque la palabra maleducado tenía mal sonido. El no tuvo nunca que avergonzarse de sus hijos, como yo tampoco de los míos; la educación es lo que más valor tiene, siendo lo que menos cuesta. Y ya no sigo hablando más de estas cosas porque no son de mi incumbencia; mi pequeño mundo fue siempre el campo.

Y hurgando un poco más en mi memoria hacia las plantas del campo, el socorro más a la mano para el hortelano y el labrador. Digo algunas más y entre otras, una planta del monte conocida por «sevillana», ésta crece entre los romeros y monte bajo, se encuentra muy distanciada una de otra, a veces casi un kilómetro. Su valor curativo es para quitar las calenturas de tifus y maltas, que desaparecen rápidamente; se toma en ayunas, como una taza de café, bien hervida a fuego lento. La estatura de esta planta llega a veces hasta medio metro, crece vertical, de hojas alargadas formando algunas de ellas tres picos; su flor es en forma de alcachofa, de color morao. Esta planta, para mi, ocupa la página de

honor, porque salvó mi vida después de tres meses en la cama con tifus, cosido de inyecciones y la mortaja prepará, hasta que un buen día, una mujer del campo, natural de Ricote, se presentó en mi casa al enterarse de mi estado, dando a mi madre dicha planta y las instrucciones. Pues a la tercera mañana, cuando me visitó el médico, quedó muy extrañado al ver que la fiebre había desaparecido totalmente. Pero mi madre, mantuvo el secreto y no dijo nada.

Años más tarde yo llevé esta planta a tres o cuatro personas con el mismo caso, entre ellas, dos mujeres (una ya había quedado su cabeza sin pelo), que tan pronto como la tomaron desapareció la calentura curándose dicha enfermedad.

Continuando un poco más en el laboratorio del monte, otra planta llamada «brusco», de tallos en forma de varas, sus hojas semirredondas, en forma de corazón, algo pinchosas, color verde brillante, crece en las umbrías de los riscos donde apenas da el sol, su flor es diminuta, que más tarde aparecen unas bolas rojas (colorás), muy parecidas a las del naranjo chino; puede vivir en macetas. El brusco sirve para quitar la inflamación de los pies; bien hervida, bañando éstos en el agua caliente varias veces, ya que hay ciertas personas que por su trabajo están mucho tiempo de pie tras el mostrador en el ventorrillo «Casa del Reloj», carretera de Calasparra en los años sesenta, dándome posteriormente las gracias.

Otra planta para aplicar en las heridas que son lentas de curar, mayormente cuando supuran algo de pus: este es una especie de árbol llamado «gandul», de hojas grandes casi como la mano, crece cerca de las casas de campo, preferente junto a los palerales. Su aplicación es sencilla: cuando hay una herida como la mencionada anteriormente, se corta un trozo de esta hoja, se machaca un poco con una cuchara sobre una tabla o plato sin que se haga pedazos, una vez blanda, casi soltando agua, se pone sobre la herida con una venda. Al día siguiente se quita la hoja en la cual se ve impregnada de pus, como una especie de ventosa, y la herida limpia de esta materia, a continuación un buen lavado o con agua de rabo gato y árnica. Esto se puede repetir mientras la herida siga supurando.

Y si la herida era ya vieja o «ulcerá», como vulgarmente se dice, era recomendable otra planta del monte, ésta es el clavel silvestre; tiene el mismo parecido al de cultivo pero muy pequeño en todas sus formas; de olor agradable, su clavellina rizada de color blanquecino, crece en las piedras calizas, casi en los precipicios. Es el bocado favorito de la cabra. Esta planta, siempre hervida a fuego lento, repito, como todas es muy beneficiosa para lavar a diario estas heridas.

Otro medio para curar pequeñas heridas, por ejemplo como cortes de navaja, tijeras, hoces, vidrios, hojas de afeitar, cortes de caña y otros rasguños, son los limpios telos que tienen las cañas de nuestros ríos entre canute y canute, que nosotros llamamos carruchas de caña. Esto, cuando se hace una herida de estas, si no es muy grande no es necesario ir al médico a que dé puntos; primero se desinfectaba con alcohol, y si no había se ponía un poco de limón. De inmediato, se rompía una caña, cuanto más grande y recia mejor, y se cubría la herida ajustándola lo mejor posible con los telos necesarios, después, la pequeña venda y ya no se tocaba hasta que no saltara la concha. Estos telos nacen y crecen dentro de la caña, limpios y sanos de la más mínima contaminación exterior. Me atrevo a decir que son mejor que el moderno sistema de la tiritita, que sólo sirve para evitar la salida de sangre, mientras ésta otra une, cicatriza y seca. Y como prueba de esto, puedo dar un

ejemplo: estando yo cierto día segando alfalfa con una «corbilla», por culpa de un alambre me di un corte horizontal en mi dedo meñique de la mano izquierda, de unos dos centímetros, con profundidad hasta el hueso, que daba escalofrío pensarlo por los dientes de esta herramienta. De momento, acudí a un hombre que trabajaba cerca, pero no tenía nada de botiquín; él, cuando me vio el dedo me aconsejó que fuera al pueblo al practicante de guardia, que me diera unos puntos, pero yo acudí al remedio dicho anteriormente; me lavé con agua limpia mientras aquel hombre buscaba una caña. Aquellas tiritas —en este caso, redondeles— producto de la naturaleza y no fabricado por laboratorios fueron la solución en aquel lugar para hacernos el tradicional vendaje. Transcurridos los días necesarios, mi dedo había quedado sanado y limpio. Cuando por casualidad me encontré con aquel vecino, le mostré mi dedo y sólo me dijo dos palabras: «si yo no te hubiera curao no lo pasaba a creer». Pues había quedado tan limpio y cicatrizado que apenas se notaba. Esto es lo más sano —repito— para estas pequeñas heridas, puesto que estos telos no tienen contacto de aire ni contaminación exterior y se conservan intactos dentro de esa especie de burbuja aunque la caña tenga dos o tres años.

Otra cosa que también se ha venido empleando para los mismos casos, porque no siempre estaban las cañas a la mano, era el llamado telo de araña. Esto viene de unas arañas que durante el invierno lo pasan bajo las piedras, dentro de una pequeña bolsa del tamaño de una almendra, muy densa y brillante, tejida por ellas mismas, que en la primavera abandonan. Pues yo, como otros tantos hombres del campo, cuando encontraba un telo de estos, después de limpiarlo lo guardaba en dos papeles limpios o dentro del sobre de una carta, para hacer la misma cura que los telos de caña. Tampoco hay porqué temer, puesto que estas arañas no son venenosas. Estos telos, a veces, son de cinco o seis centímetros y se pueden cortar como la gasa según sea el rasguño.

Pues todas estas cosas se aprendían en el campo, hijas de la emergencia. Cuando estaba yo labrando con las mulas y me lisiaba en la espinilla con el rabo de la reja al dar la vuelta al arao, no me iba a la casa, me curaba yo mismo. (Un segaor en el bancal, un pastor en el monte y hasta simple jornalero en el campo, tenían que hacer lo propio).

También hay otra medicina contra la diarrea, esto es, el llamado rabo de lobo. Una especie de espárrago gigante que aparece en primavera en bancales de secano, entre cereales o barbechos. Planta de marrón oscuro, de uno a dos palmos de altura, crece vertical. Pues una vez seco se puede guardar, y cuando una persona tiene diarrea, no importa la edad, se cuece y se toma en ayunas dos o tres mañanas. En el campo había que echar mano siempre a los remedios caseros por ciertas dificultades, los medios económicos, la distancia, el dinero y el trabajo, etc.

Hay otra planta para curar las heridas, hervida como todas, esta es la llamada por nosotros «ged de la tierra», planta muy baja, de unos cuatro o cinco dedos de altura, sus hojas semirredondas y su flor amarilla, persiste de un año para otro, el ganado lanar la como con estímulo. También pueden emplearse las hojas bien secas como el tabaco, moliéndolas con la yema de los dedos y dejándolas en forma de polvo para aplicarlas a una herida, después de bien lavada. Esto sustituye a cualquier polvo secante.

La doradilla, otra planta cocida y bebida caliente para aliviar los resfriaos. Esta crece en las juntas de las piedras calizas al lado del musgo; apenas tiene altura, sus hojas son cinco a seis centímetros en forma de ciempiés por tener muchos picos.

Otra planta que siempre me negué a conocerla cuando me enteré o supe que sólo servía con fines abortivos, ésta es la artemisa.

Otra medicina para calmar un fuerte dolor de oído, —esta no es ninguna planta, sino encontrar a la donante—, se trata de unas gotas de leche de una mujer criando. Esto se hacía de la siguiente forma: en un dedal bien limpio de los que gastan las mujeres para coser, la donante se extraía unas gotas para vaciarlas en el oído, que a veces el paciente aguantaba el dolor ante la vergüenza de pedir el remedio.

OTRAS CIENCIAS DEL PASTOR

También algunos de estos hombres, muy hábiles en su profesión, educaban a un carnero, previamente castrado, éste se llamaba el manso, con su enorme cencerro, siempre obediente ala voz del pastor para conducir el ganao, mayormente en pasos estrechos como linderos o caminos. Yo conocí a uno, veterano pastor del vecino pueblo de Calasparra, con el siguiente caso: al tener que desplazarse a otra finca a bastante distancia, cosa difícil por estar los bancales sembraos, éste tuvo el atrevimiento de utilizar un kilómetro de ferrocarril, paso prohibido para estos casos. El, controlando la hora del paso de los trenes, condujo su ganao con la ayuda del manso y su perro, sin pisar la vía, sólo por el arcén de dos metros, lo más rápido posible, que más bien podía decirse, a toda máquina.

Pues un domador le hace trabajar a la fiera dentro de la jaula y le fustiga con su látigo. El pastor hace trabajar a estos animales a campo libre, sin pegarles, tan sólo con su voz, convirtiéndolos en fieles compañeros.

Extendiéndome un poco más en el entendimiento de estos animales, en este caso los perros, porque yo también los tuve en mis tiempos de pastor. Cito un caso que para mi era el no da más. Estando yo haciendo mi servicio militar el año 1944 en un pueblo llamado Monzón del Cinca (provincia de Huesca), cierto día yendo de patrulla en aquellos tiempos del «maquis», me llamó la atención un pastor de unos 25 años sordomudo, que pastoreaba un ganao de más de cien cabezas sólo con la ayuda de dos perros, que él mismo había educao desde pequeños con gestos y señales. Estos perros, de raza peluda, muy conocidos en todo el Pirineo Aragonés, estaban siempre atentos a las señales del mudo. Yo, por curiosidad, pregunté a un vecino cómo sabían los perros al que le tocaba ir a una u otra parte; aquel hombre me dijo, que como el mudo sólo emitía gritos, a uno le llamaba con grito labial, al otro con paladial, desde que eran cachorros. Y también me dijo que éstos habían sido premiados en un concurso de pastores en Zaragoza. Gracias a estos perros, aquel joven mudo, podía conducir tranquilamente su ganao por entre caminos rodeados de muchas hectáreas de lino y remolacha azucarera.

Otra costumbre de viejos pastores, mayormente en los montes de nuestros pueblos del suroeste, era la de llevar sal, mistos y una buena navaja, porque cuando paría una res dos o tres y sólo podía criar uno, el otro lo mataba y lo preparaba según su costumbre, a veces envuelto en su misma piel, y en las brasas de una buena lumbre era el más tierno y sabroso bocado de cordero asado en pleno monte; inigualable al más lujoso hotel, un buen almuerzo que compartían pastor y ayudante, y si había algún colega por allí cerca, éste le voceaba por su nombre, diciéndole: «ven acá pa ca, te invito a una tajá de cordero asao».

Continuando más en las cosas de los pastores: esto me lo contó un viejo profesional, que le ocurrió a él yendo cierto día conduciendo un hatajo de ganao desde Moratalla hacia el mercado de Alcantarilla, en un cruce de caminos, la guardia civil le pidió la documentación, que éste al sacarla de su bolsillo, sin poderlo evitar, cayó al suelo una enorme navaja, la cual, los guardias intentaron quitarle por ser antirreglamentaria. Entonces nuestro hombre, haciendo uso de su memoria echó mano a un consabido y antiguo reglamento, diciendo que no se la podían quitar porque a un conductor de ganao, pastor o marchante le era imprescindible llevar una buena navaja por si durante el camino se lisiaba una res, tenía que degollarla y desollarla, y que aparte de él había otra persona que tenía los mismos derechos: éste era el carretero, porque si a éste se le volcaba el carro por un terraplén o barranco, a lo mejor tenía que cortar atalajes para sacar con vida alguna mula, y por último, puso a los guardias en aprieto diciéndoles, «¿qué harían ustedes entre una tribu de gitanos sin armas?». Ellos, ante la serenidad del pastor, le dieron la navaja. (El que sabe, sabe).

Este protagonista se llamaba Serafín, natural de Cartagena.

Siguiendo el saber que los pastores saben, éstos sabían cuando sus ovejas barruntaban mal tiempo, de años malos, de pura miseria, y lo reconocían en la actitud de los animales al parir sus hijos. Pues ocurría que por su instinto de naturaleza, conforme iban pariendo, dejaban caer su cría y no volvían ni tan siquiera su cabeza. El misterio no se sabe, pero su instinto, repito, estas madres abandonan el hijo porque de no hacerlo, más tarde moriría de hambre. La única que se libraba era la oveja machorra o estéril, que siempre se mantenía gorda y brillante entre todas las demás. Yo, en esto estoy de acuerdo, ya que tuve la experiencia en casa de mis padres. Cuando en el año 1943, tras nuestra postguerra, perecieron más de setenta crías, víctimas de esta calamidad. Y en el mismo año apareció la roña y la viruela, teniendo que apartar las reses de mayor en cuarentena; por consiguiente lo que barruntaban era la mala seña que se avecinaba.

También a los pastores se les encargaban las hierbas medicinales, puesto que eran las personas indicadas al estar todos los días en el monte. También se les encomendaba matar un lagarto, a ser posible en viernes; esto era para la siguiente medicina: la cabeza de este pequeño reptil se cocía y posteriormente se sacaban los dientes sin faltar uno, y cuando una criatura estaba dentando, éstos, dentro de una diminuta bolsa, se le cosían a sus ropas, y sus dientes le salían sin dolor. Porque ya lo dice el antiguo refrán: «Cuando el niño denta, la muerte lo tienta».

Los pastores también tenían que respetar las hierbas de sus vecinos para evitar disgustos o hasta una denuncia, y demás cosas que eran propias de las costumbres de su profesión.

También saber elegir una buena raza para mejor producción. A ser posible, evitar la consanguinación de los sementales y conocer su edad en los dientes, etc.

También existían algunos reglamentos, entre ellos, la despedición. Se trataba que cuando pastor o ganadero llevaban en su ganao cierto número de reses ajenas, a medias o a guardia, esto se llamaba «piojar». Y si, tanto ganadero como piojarero, no le interesaba seguir, esto cumplía en el mes de mayo, el día de la esquila; que había que partir la lana a partes iguales entre ganadero y piojarero, como también el producto de los corderos. Pero la despedición, entre ambas partes, había que hacerla por todo el mes de marzo, que

rigurosamente cumplía el último día, a las doce de la noche. El día uno de abril ya no era válida, ni judicialmente; por consiguiente, había que esperar hasta el año siguiente, si una de las dos partes no estaba de acuerdo.

Otro reglamento era que cuando se perdía una res y el pastor la encontraba muerta, en mal estado e inservible para la piel, tenía que cortar las dos orejas, unidas con la piel de una a otra —como las esposas de un policía—, como justificante para presentarlas al dueño. Y de esto, probablemente, nació la vieja palabra, «con pelos y señales». En esto se mostraba el color de la res y sus señales.

Y también alguna anécdota: Cierta día, pues, tuvo que comparecer un pastor a juicio, por haber sufrido el robo de una res. Y cuando el juez le dijo, «de manera, según tengo entendido, que aquel señor le ha sustraído a usted una oveja de su ganado...» Este, contestó muy rápido, «perdone, señor juez, querrá decir, se la ha sus llevado.»

Pues un pastor profesional, aparte de conocer infinidad de plantas medicinales para curar enfermedades de personas y animales, tenía que saber encañar una rotura de pata o mano. (Lo que el médico llama entablillar).

Pues lo digo como se hace, como me enseñó mi padre, y que a lo largo de mi vida en el campo, lo tuve que repetir varias veces. Y como éxito de mi experiencia, en cierta ocasión tuve que curar una de mis ovejas, con las dos patas traseras rotas, que al cabo de sus penosos treinta o cuarenta días, quedó sanada.

Encañar, se llama así porque esto se hace con tiras de caña de un centímetro de anchas por algo menos de un palmo de largas. Entonces, con dos cordeles hechos a mano, de una braza de largos, se unían a las cañas para formar una pequeña persiana, a forma de una escalera de cuerda; con unas veinte tiras de caña, con un centímetro de una a otra de separación. también se preparaba un puñado de tallos finos de retama o retamón¹⁷, de la que también se empleaba para desinfectar el agua de los aljibes, después de una fuerte avenida. Pues para encañar, ésta se machacaba un poco para adaptarla mejor alrededor de la rotura; tampoco debería ser más larga que las cañas. Y ya todo preparado, se tendía la res en el suelo, en sitio cómodo y llano. Siempre ayudado por otra persona, para que no se moviera, en este caso, era mi mujer la ayudante. Entonces con los dedos pulgar, corazón y anular de mi mano izquierda, afinando el tacto con la mayor suavidad, cogía la parte de la rotura; a la vez, con la derecha, estirando a pulso la mano o pata, para que la rotura quedara a tope. Y ya en su sitio, se rodeaba con la retama, y encima se rodeaba por último la encañadura, sin apretarla normalmente demasiado, para evitar la inflamación. Y por último, toda la parte del citado vendaje, se bañaba bien en agua sal bien fuerte, que ésta, al secarse formaba un cuerpo tan duro como una escayola, con la retama machacada. Y ya terminada esta operación, tras unas horas de rudimentarios ingenios, tuve que poner al pobre animal inmovilizada contra una pared, para que no se liosara, y dar de comer y beber todo su tiempo hasta quedar curada totalmente. Pues yo, el día que la solté y la vi caminando como si nada hubiera tenido me sentí muy contento de mi trabajo, y a la vez salvé su vida, ya que mi vecino me aconsejó que la matara.

Pues continuando con la vida en el campo, aparte de todas estas cosas, y sacando más provecho al tiempo, en algunas casas de labor, en las largas noches de invierno, todos

17 Retama blanca.

junto al fuego de la cocina, obraban el esparto, cada uno en lo que sabía. En primer lugar, se hacían cientos de vencejos para atar las mieses cuando llegara la cosecha; también capazos, esteras, sobrecargas para los carros, seras de la paja, esparteñas (las famosas «de canto»), ramales para las mulas, cinchuelos para poner las mantas a estas, correones para formar los setos o anillos de los pajares de nueve horcas, medida pericial de buenos entendidos. Marcando su radio con una horca y una cuerda, como compás, nueve veces el largo de la horca, para que diera justa su altura reglamentaria, y un aforo de equis arrobas de paja. Pues todas estas cosas eran puro trabajo artesanal que pasaba de padres a hijos.

LA SIEGA

Tras todas estas faenas, lo bueno llegaba a finales de mayo, cuando comenzaba la recolección de la siega. Entonces las mulas dejaban de labrar algunos días, porque en esos días todas las manos eran pocas. Tanto el labrador, sus hijos, mozos y demás jornaleros, tenían que acudir a las hoces, para segar y atar las mieses, fruto de su trabajo y laboriosidad. A pesar de que por los años veinte ya se conocían en algunas casas de labor máquinas segadoras, tiradas por mulas, como las famosas y conocidas marca «Ajuría». Pues estas ya daban mucho adelanto. Ya que en esas fechas, sus almanaques no tenían días festivos, porque en esa faena había que trabajar al máximo de horas en un mínimo de días, por temor a cualquier tormenta o pedrisco que pudiera destruir parte de la cosecha o su total. El horario comenzaba al amanecer los primeros claros del día, con los últimos cantos de los gallos. La cuadrilla, a buen paso, se dirigía al bancal, provistos de buenas hoces; entre otras como las conocidas «Cantero», fabricadas en la Solana (Albacete). Pues las mujeres también segaban, algunas tanto o mejor que un hombre; con su zoqueta de madera para no cortarse en los dedos, formando una calaña con su gavillero de la mies. Y ya todo segado, atado y debidamente recogido en cargas¹⁸, toda la cosecha, venía una segunda fase.

LA SACA O ACARREO DE LAS MIESES

Que consistía en el acarreo de éstas a la era. Entonces las mulas pasaban a los carros y galeras, también alguna carreta con su par de vacas.

Pues muy de mañana, la familia campesina se desplegaba, cada uno a lo suyo. El primero en salir era el pastor con su ganado, que tenía que aprovechar las primeras horas de la fresca mañana. A continuación, los carros y por último, ya que había para todos, salía el más pequeño de la casa, todavía con sus ojos endormiscados o adormecidos por el sueño, este era el pavero. Pues a este muchacho se le encomendaba la misión de guardar una maná de pavos, a veces cincuenta, sesenta o más. El pavero, provisto de una caña con un trapo en uno de de sus extremos, a forma de banderín, les iba siguiendo, ya que estos animales tenían que aprovechar las primeras horas de la fresca mañana, paciando por los restrojos; aprovechando el rocío de la noche para llenar sus buches de langostas, saltamon-

18 Hacinas en forma de pirámide de 12 haces. Atresnalar.

tes y otros insectos aturdidos, repito, por el rocío de la noche. Pues el pavero iba severamente advertido que no se ladeara de ellos ni un momento, por si alguna sanguinaria zorra le observaba a distancia, con la idea de quitarle alguno, ya que en ese tiempo, éstas están criando y son muy atrevidas. Pues ya lo dice el refrán: «Te ves como zorra que pare siete».

Ya que los pavos eran una ayuda para cubrir menesteres de la casa. La mujer del labrador cuidaba de todo el proceso de la crianza de éstos, comenzando por los 28 ó 29 días de incubación, que tenía que cuidar a la madre pava hasta que los pavillos rompían el cascarón. Por cierto, su primer alimento era atragantarles un grano de pimienta a cada uno, para que tomaran fuerza. Y desde ese día precisaban mucha atención, porque hasta de noche tenía que alimentarles y tenerlos a buen calor, la mayoría de las veces, en la cocina; ya que su naciencia, para que fueran buenos, había de ser en los primeros días de enero. También tenía que vigilar y liberarles en sus primeros días de sus mayores enemigos, como los grajos, el gavián y las zorras. Y así se pasaba todo el año hasta los días cercanos a la navidad, que la mujer del labrador marchaba al pueblo con su burra y las aguaeras¹⁹ llenas de pavos para venderlos y obtener el fruto de tanto trabajo y desvelo. Y ya por último, un pequeño regateo y estos pasaban al tradicional festín familiar de la Nochebuena y las Pascuas.

Siguiendo con el acarreo de las mieses desde la mañana hasta la noche, con los carros cargados, hundiendo las ruedas en los surcos de los restrojos y polvorientos caminos con el sol a treinta o cuarenta grados de calina, con las ropas empapadas de sudor y polvo, sedientos... Aparte, las raspas que se colocaban por el cuello de las camisa hasta el ombligo. Todo esto producía cierto desazón en todo el cuerpo. A tiempo, las manos también recibían los tortuosos pinchazos de las malas hierbas, como los agudos «abremanos», la «uña de gato», los «seteros», «cardos mancaperros» y otros. Los carros también se cargaban al máximo, que siempre le tocaba al más joven, con el cargador, una larga horca con dos «dedos», subir los pesados haces de trigo hasta el colmo del carro; elevados como tenedor a la salchicha; trabajo duro y cansado, que había que pegar el estomago a la espina.

Las mulas, también se encontraban inquietas, manoteando y dando patás, acosadas por las «moscas de burro» y docenas de tábanos, que les picaban y les hacían brotar gotas de sangre por todo el cuerpo.

Así era este trabajo, con sus dificultades, que andando a veces, se caían los haces por el camino, o volcaba el carro o se atrancaban en las cuestas. Se blasfemaba, pero sin maldad, sólo era para alentar a las mulas. Y ya una vez en la era, había otro trabajo especializado que no todos sabían hacerlo: se trataba de hacinar, formando una especie de pirámide cuadrada, de mayor a menor, de varios metros de altura, bien hecha y terminada hasta su cima para que no le entrara la lluvia o la volcara un fuerte vendaval. Cada variedad se hacinaba por separado.

También había una vieja costumbre entre los labradores, pues se trataba de los siguiente: que durante los meses de la recolección, estaba permitido atravesar con los carros de las mieses por cualquier finca o bancal, sin daños; por donde más conviniera para llegar más pronto a la era, aunque ambos vecinos estuvieran reñidos. Igual podía hacerlo éste por la finca del otro.

19 Aguaeras.

Y esta otra costumbre era un poco más rigurosa que la anterior, que se trataba de lo siguiente: que los días de sementera eran sagrados para el labrador, para aprovechar la lluvia caída, donde nada ni nadie podía suspender a un par de mulas del bancal en aquellos días.

Y como anécdota añadiré lo que en cierta ocasión oí contar a mi abuelo con otros viejos del lugar. Que una vez se dio el caso de llegar la guardia civil a un bancal donde habían empezado ya a sembrar, a llevarse detenido al mulero, pero como ya estaba sembrando el trigo, no se lo podían llevar hasta que no se terminara el último día de sementera; siempre y cuando el denunciante pagara a un sustituto que ante testigos supiera hacerlo igual, o de lo contrario, daños y perjuicios recaían sobre el denunciante.

Pues esto ocurrió como un hecho más, en casa de un señor llamado don José (El Colmenero), hacendado en muchas fincas; entre ellas, una de las más grandes en el campo de Cajitán, (término de Mula), donde ocurrieron los hechos.

LA TRILLA

Y volviendo a las tareas de la recolección, una vez recogida toda la cosecha, venía otra faena: la trilla, que comenzaba a mediados del mes de julio en adelante.

Pues este trabajo era una técnica más del hombre labrador. Primero se hacía una buena limpieza de la era, habiendo ya pasado varias vueltas con el rulo, hasta quedar bien endurecido el piso; esto se hacía en la primavera, cuando llovía, mediante un buen tapete de paja desechada.

Y ya todo preparado en su debida forma, con todos los utensilios necesarios, de las hacinas o garbera se iban echando los haces de trigo o cebá de la era, según lo grande que fuera su radio y la fuerza de las mieses, hasta formar una buena parva, que así se llamaba. Esto se calculaba por cargas, (la carga son doce haces), que una vez los haces sueltos —(los vencejos se guardaban para el año siguiente)— entonces los hombres con las horcas lo iban extendiendo. Esto se llamaba batir la parve; una ciencia más, que para hacerlo correcto había que batir la parva de izquierdas a derechas, dando la vuelta circular, terminando donde se había empezado. Porque cuando se enganchaban las mulas en los trillos, tenían que girar en sentido contrario, o sea, de derechas a izquierdas. Porque de no hacerlo así se formaban montones llamados arrollos (arrollar), parecidos a las olas del mar, que a veces su altura pasaba de medio metro o más. Entonces se enganchaban las mulas en los trillos; a veces dos o tres pares, según era la parva y la fuerza de las mieses. La principal, el trigo, que a fuerza de cientos de vueltas en forma de espiral se iba moliendo. Esto se llamaba trillar a torno.

Aparte, los hombres, que no faltaban de la era, iban de vez en cuando, con sus horcas, dando la vuelta a la parva, para que se moliera bien y quedara la paja en condiciones para que se la pudieran comer los animales. Pero la cosa no quedaba así; no sólo se trataba de la paja, sino el secreto más interesante era sacar la cebá bien cortada de raspa, y el trigo limpio de cozuelo, esto es, la vaina que cubre el grano de trigo. Pues para conseguirlo, se daban lo mínimo tres vueltas con buenas palas de madera, sacando el grano de abajo a arriba, para que los trillos con sus piedras (otros con rodillos) rasparan bien los granos.

Y ya terminado todo esto, uno de los hombres, siempre el de mayor edad, daba su conformidad y se quitaban las mulas; ya que estas, aparte de tirar de los trillos, con su paso al trote y sus herraduras y clavos nuevos que se les ponían para esta faena, daban buena ayuda. Y ya todos en la casa, a comer, a reparar esfuerzos y fumarse un cigarro, ya que en la era estaba prohibido por temor al fuego. También hago constar que estos hombres, en el tiempo libre de volver la parva, lo empleaban en la preparación de los nuevos pajares, haciendo metros y metros de mantos de la fina paja de centeno, por ser la más duradera y resistente. También preparando el anillo o seto del nuevo pajar, como los grandes, llamados de nueve horcas, en forma cónica, medida pericial de buenos entendidos, con varios metros de altura, donde se guardaba la paja para consumo de los animales hasta la cosecha venidera. Aparte, la sobrante también se vendía para cubrir menesteres de la casa.

Su precio en aquellos tiempos oscilaba en tres o cuatro reales la arroba. Y una fanega de cebá costaba cuatro pesetas.

Y ya una vez comido, fumado el cigarro y descansado un poco, todos a la era, a veces hasta las mujeres, a barrer con los escobones. Lo primero era recoger la parva con ayuda de una mula, enganchada con sus tiros a un palo de tres o cuatro metros, donde se montaba un mozo que tenía que agarrarse fuerte al rabo de la mula para arrastrar aquella ola de paja que le llegaba hasta la cintura. Detrás iba otro con el rastro, recogiendo lo que quedaba; y las mujeres y los muchachos, barriendo entre aquella nube de polvo.

Por eso dice el viejo refrán: «Quien no quiera polvo que no se arrime a la era».

Y ya recogido aquel muro de paja, polvo y grano, bien alineado, siempre de norte a sur, que técnicamente se llamaba «cuello», siempre atravesando la era de un extremo a otro. Entonces se ponía una soga bastante recia, bien tirante, a lo largo del cuello, junto a la tierra, por el lado de poniente. Esta venía a ser como la línea de separación entre paja y grano. Y ya, los hombres con las horcas y el fuerte viento de levante y un poco de suerte, iban levantando la paja. Esto se llamaba aventar.

Y también en los días de la trilla, en algunas casas de labor, hacía su aparición el terrajero, hombre de confianza mandado por el dueño de la finca para tomar nota de la cosecha y presenciar a diario la medida, o sea, las fanegas de grano que salían de la era, anotando las que pertenecían al dueño. Que según costumbre convenida o mediante contrato, los más corriente era «de nueve, dos» para el dueño o de «cuatro, una». Y si la tierra era mala o de tercera, hasta «de cinco, una». Esto se llamaba terrajear. Pero a veces el dueño, para no tener que pagar tantos jornales a su hombre de confianza, convenía con el labrador «terrajear en cargas»; entonces el cuartero o terrajero, que era la misma persona, daba vuelta a toda la cosecha contando las cargas de cada cereal. Y según lo ya acordado anteriormente, todo lo que pertenecía al dueño se sacaba primero a la era y se trillaba, y de esta forma todo el grano que salía de los terrajes era para el dueño. Después el labrador, sin prisas ni molestias, iba trillando lo suyo todos los días; contando siempre con la buena asistencia del tiempo, ya que a la postura del sol tenían que estar limpios los dorados granos de trigo.

Cuando ya quedaba poco de aventar, entonces se ponía un hombre en cada punta de la soga y tiraban con toda su fuerza, levantándola siempre hacia el poniente. De allí a atrás sólo había paja, adelante el grano. Y ya, cuando las horcas no podían coger la paja, se

hacía con las palas de madera; trabajo especializado que se llamaba «traspalear». Después había que «acribar»²⁰; todo siempre con viento. Después medir con la media fanega, equivalente a seis celemines; ésta, cada vez que se llenaba, se le pasaba de una punta a otra el «raeor»²¹, un pequeño rodillo de madera que iba pasando fuera el trigo sobrante, quedando lo justo. Y ya medido y envasado, venía el último trabajo del día: portear a hombros los pesados costales de trigo hasta el último escalón del granero.

Pues todo este trabajo era agotador, desde las tres de la mañana. Cuando estos hombres terminaban y se sentaban a la mesa a cenar, estaban rendidos de cansancio y sueño; tanto que no era cosa extraña que en pocos minutos de pausa, caérseles las cosas de las manos, como el cigarro, el pañuelo, a veces hasta el pan. Cuando terminaban de cenar, mozos, pastores y jornaleros; cada uno cogía su colchoneta o manta y se tumbaban en la calle, en la placeta de la casa, la mayoría en la era, con una manta en la paja, bajo las estrellas, en las calurosas noches de verano, para descansar unas horas que siempre eran pocas y molestas, a veces por los mosquitos de violín, que aprovechaban el cansancio de aquellos hombres para clavar su aguijón; aparte alguna que otra pulga picando en solitario en los riñones, que es donde más molesta.

LOS PAJARES

Pero a las tres de la mañana, el mayoral daba la voz de «muchachos, arriba». Y ya todos de pie, dispuestos para comenzar la faena del nuevo día, se tomaban un buen trago de aguardiente o anís seco, del llamado «matarratas», o de coñá, al que le gustaba; pues esto quitaba el sueño y alegraba el trabajo.

Lo primero del día era recoger toda la paja de la era para tender la nueva parva. Pues estos hombres que trabajaban y se movían en el silencio de la noche como contrabandista, estaban muy lejos de imaginar que todo este trabajo se perdería, y su proceso sería más rápido; porque el trigo, desde el bancal, pasaría al granero.

Y volviendo al trabajo de la madrugada, la paja se iba echando al nuevo pajar en construcción con ayuda de un artilugio con dos largos palos en forma de cruz; uno clavado en el suelo como pie derecho y el otro basculante, que hacía de montacargas. Esto se llamaba el pescante.

En el palo en forma de cruz, en la punta, se colgaban las seras, cestas o «arpiles», llenos de paja, que todos venían a ser lo mismo. En la otra punta, un hombre tiraba de la sogá hacia abajo y los hacía subir a varios metros de altura, como pescador que sube su caña para coger el pescao. Pues estos trabajos, la mayoría de las veces se hacían bajo la luz de la luna o con la ayuda de los faroles de aceite, que daban poca luz. Se trabajaba casi a tientas.

Parte de estos relatos, los conocí yo en mi infancia, en casa de unos labradores amigos de mis padres, en el campo de Cajitán (término de Mula). Pues esta era la conocida casa llamada La Contienda, cuyo Labrador se llamaba Pedro Pantano y su mujer Antonia, con

20 Cribar.

21 Raedor.

siete hijos: dos mujeres y cinco varones. Pues era maravilloso ver aquellos cinco hermanos, siempre muy unidos en sus tareas agrícolas, que cuidaban la tierra con el mayor esmero, labrando todo el año; siempre con la esperanza de tener buena cosecha. Aquella era una familia unida y organizada en el comportamiento, trabajadores y de buen trato.

LA CASA DE PEDRO PANTANO

Y también, sin pasar por alto, añadido este corto relato. Un recuerdo más de mi infancia, con motivo de la primera visita que hice con mis padres a la casa de Pedro Pantano, invitados a una matanza en los días de navidad; que se celebraba con los invitados, entre familia, amigos y vecinos; con baile de jotas y malagueñas, acompañado de guitarras y postizas; durando a veces dos o tres días. Pues aquel año, la cosecha había sido buena y mataron cinco marranos: las provisiones para todo el año de aquella familia numerosa; y al verano llegarían también los segaores y trillaores.

Pues estando celebrando el segundo día de matanza, uno de los hermanos Pantano, que venía de cazar con una antigua escopeta de las llamadas de pistón —se llamaban así porque éstas, de un solo cañón, se cargaban por la boca, como los antiguos trabucos—. El cazador, en vez de canana, llevaba una bolsa con pólvora negra, otra con perdigones y una pequeña caja de pistones o fulminantes muy pequeños, poco más que un grano de trigo; muy parecidos a los que gastan los barreneros en minas y canteras. La escopeta, una vez cargada, se le ponía un pistón bajo el perrillo, en un pequeño agujero llamado chimenea. Pero aquel día, en vez de pistón, por olvido, con su navaja cortó la cabeza de un misto y lo puso. Pero estas escopetas, cuando se cargaban ya no se podían descargar. Sólo se quitaba el pistón o cebo; y según costumbre, en las casas de campo, se colgaban detrás de la puerta, por si llegaba alguna persona con mala intención. Pues al ama de casa sólo le bastaba con alargar el brazo y cogerla. Porque ellas también sabían manejarlas. Pero aquel día, este joven, poco precavido, sin pensar en la tertulia que tenía en la casa, se puso en la puerta, mirando a la calle, intentando quitar con la navaja la cabeza del misto, pero al rozarla, la escopeta se disparó hacia la calle, a tiempo que un vecino de los invitados pasaba, y los perdigones le cortaron un ala de su sombrero, haciendo una gran tronera en el carro de lanza que estaba a treinta metros, a pesar que sus tableros eran bastante recios. Pero el susto fue para el pobre vecino, que estuvo a punto de volar su cabeza, cosa que salvó de puro milagro.

Pues yo recuerdo un refrán oído a mi abuela que decía así:

«No hay boda que no se llore
ni duelo que no se ría»

Esto es lo que pudo pasar aquel día. Pues la casa de Pedro Pantano, llamada «La Labor de las Contiendas», era una entre las mejores, por sus buenas tierras; también los animales domésticos que acompañaban aquella casa, desde una hermosa yegua que todos los años paría un hermoso lechal, macho o hembra. Aparte sus buenas mulas de labor; también un hatajo de ganado lanar, gallinas, pavos, palomas y conejos en el leñero (costumbre en

algunas casas de campo, donde se criaban muy sanos). También cierto número de marranos de trompa larga, entre lechones y primales capaos²², que cuando ya no quedaban granzas en la era, pacían en los bancales cercanos, hocicando la tierra con su trompa, sacando los tallos de grama y otras raíces.

Pues yo digo que sin todo esto, una casa de campo se parecería a un cementerio.

Pues así era la vida en las casas del campo en aquellos tiempos.

LA ESCARDA DE LOS TRIGOS

También, en muchas casas de labor de nuestro municipio, se acostumbraba hacer la «escarda de los trigos». Esto, normalmente, se hacía en el mes de marzo y parte de abril. Donde se veían por las mañanas, por sendas y caminos, cuadrillas de mujeres y zagales provistos de lo que ellos llamaban una picaza (azada de mano). Vestidos con la ropa de invierno, y, a veces, tapándose con la vieja manta mulera, iban a quitar malas hierbas a los trigos. Mayormente, las más malas, como la cobula, los cardos herederos, salicornios, mancaperros, borriqueros, seteros y otros.

También había otra pequeña costumbre en el campo: las mujeres, en invierno y primavera, con su cesto al brazo y la navaja rengá²³ se iban a los sembraos a coger algunas hierbas; siempre a los hondos y cañás²⁴, en los pechos²⁵ valían poco estas verduras. Pero ellas que ya conocían los sitios, llenaban pronto su cesto de «collejas», «acelgas de campo», «cardos santos», «hinojos tiernos», «paparajotes» y alguna «oreja de liebre». Con estas hierbas tiernas, bien cocidas y aliñadas, se preparaba una buena cazuela.

También, el típico almuerzo, casi todas las mañanas, en las casas de campo, eran las migas o gachamiga dura; a veces con tocino, pero pocas veces; como en la casa de Pantano. Y como suplemento, una cazuela de cornetas picantes cocidas; y de vez en cuando se tomaba una cuchará de aquel rabioso caldo, que, a veces, hacía saltar las lágrimas.

La vida del campo en aquellos tiempos era mísera y de mucho trabajo. Sin despilfarros ni lujos. Pero sí sana y alegre, de buena convivencia entre la vecindad, para servirse y ayudarse.

También, como dato curioso de ciertas costumbres antiguas entre los labradores —esto me lo contó mi abuelo—, en algunas casas se hacía un envase de esparto mediante muchas brazas de plaita²⁶ que se llama «orón», esto era para conservar o guardar el trigo más limpio y mejor. Su cabida era de muchas fanegas, a veces pasaba de treinta.

Pues cuando se casaba la hija de un labrador, el novio, lo primero que preparaba era el orón; y el día de la boda, los vecinos y amistades llevaban trigo a la novia, otros, dinero. Pero la persona o familiar que recibía el obsequio, pronunciaba esta anecdótica frase: «las monedas al bolsón y el trigo al orón».

22 Capados, castrados.

23 Rengada, derrengada.

24 Cañadas.

25 Parte alta de un bancal.

26 Pleita.

Pues una costumbre ya perdida actualmente, sustituida por la bandeja.

También existían ciertas formalidades y costumbres entre los novios de aquellos tiempos. Esta pequeña versión, la oí contar más de una vez entre familia a mi abuela paterna, Antonia Cano Carrillo. Esto se refería a las mozas del campo.

Pues en primer lugar no estaba permitido tener novio hasta ser mayor de edad. En tanto la madre tenía la obligación de enseñar a la hija el trabajo y las obligaciones, para el día de mañana poder ser buena ama de casa, hacendosa, trabajadora y curiosa. Aprender a coser y remendar la ropa, saber amasar el pan, aprender a guisar, hacer ganchillo, bordar, etc.

La novia tenía la obligación de lavar y planchar los pañuelos al novio. Tampoco le estaba permitido salir de casa con el novio si no le acompañaba la madre o la abuela. También ciertas suegras, si no le era grata la pinta del novio cuando éste se sentaba para hablar con la hija, ponían una silla entre los dos.

Al novio se le señalaban los días de visita, que normalmente era, martes, jueves y domingos, tarde o noche; como también la hora de salida, y tenía que guardar una educada compostura con toda formalidad, y ofrecer su petaca llena de tabaco a su futuro suegro, si éste fumaba.

Pues la amistad y llevarse bien en el campo con los vecinos era necesaria hasta en los momentos de pura necesidad, en accidentes de trabajo o enfermedad.

Las mujeres parían en el campo, asistidas por la vecina de mayor edad que sabía algo de partera. Y cuando se encanijaba un crío, se buscaba por las casas donde hubiera una burra criando y se le sacaba leche para darle a éste, que pronto se le quitaba la «robinera»; porque desde antaño se sabía que la leche de burra, por sus propiedades alimenticias, superaba a todas las demás, incluso al más refinado producto de la farmacia.

Pues yo conocí un caso muy similar a esto. De una familia de buena posición, en los años veinte, que tenía una hija de muy corta edad que estaba encanijada o raquítica, y los médicos no daban con la solución; y como los padres vivían en el pueblo, bastante adinerados, desconfiaban de los otros remedios. Pero cierto día, uno de sus labriegos, se presentó a los padres y un poco tímido y con acento de súplica, les dijo que tenía una burra joven criando, que probaran a darle leche de ésta a la niña. Estos, un poco pensativos, accedieron a los consejos que ofrecía aquel hombre del campo, con tan buena voluntad. Pues aquella indefensa criatura salvó su vida; tanto que la burra pasó a casa de estos señores, para tenerla más cerca y bien cuidada y alimentada, para que diera buena leche.

Pues así eran las cosas en el campo; de servirse y ayudarse. Porque ya lo dice un antiguo refrán:

«¿ Quién es tu hermano ?

—El vecino más cercano.»

LAS DIVERSIONES Y SUS REGRESOS

En aquellos tiempos había sus pequeñas diversiones en días señalados, la mayoría en las Navidades. Se organizaba un baile para celebrar las pascuas, donde se cantaba, se bailaba, se hacían juegos.

Recuerdo uno, entre ellos, muy divertido, que lo hacían de la manera siguiente:

Se colgaba una sartén del rabo, en el techo, con un hilo, y al culo de ésta, se pegaba una peseta de plata. A los mozos que querían concursar, se les ataban las manos a la espalda, y con los dientes tenían que arrancar la moneda, que con el balanceo de la sartén, sus caras parecían ogros. La risa era estrepitosa, sobre todo, en las mujeres jóvenes, que con picardía buscaban la sartén más tizná y la tenían preparada para esa noche.

Y ya terminada la pequeña fiesta, el mulero, el pastor y demás jóvenes amigos, volvían a sus casas felices y contentos; recordando unas «malagueñas» y «jotas» que habían bailao con la hija de su vecino, la más guapa del lugar.

Pues estos jóvenes, que a veces formaban pequeños grupos de amigos, no tenían miedo de noche, en la oscuridad. Conocían bien los caminos, las sendas y los atajos. Parte de ellos iban bien preparaos, con su buena gayá²⁷ para defenderse de los feroces perros de las casas que cruzaban a su paso. Aparte, en aquellos tiempos eran muy pocos los que llevaban reló, porque un buen «Roskós Paten» costaba más de cien reales: un largo mes de trabajo en el campo. Pero en la noche estrellada, los ya veteranos, por los dibujos que, según ellos, formaban las estrellas en el cielo —como «las Cabrillas», el «Carro», el lucero, etc.,— se orientaban de la hora que era a su regreso.

Pues algunos de estos mozos ya tenían preparaos de antemano los tarugos de las puertas del corral o cuadra, para abrirlas sin hacer ruido y no se enteraran los de la casa de la hora de su llegada. Cuando el mulero entraba a la cuadra, les hablaba a sus mulas por sus nombres, en voz baja; éstas conocían su voz y no se movían en la oscuridad. Y lo primero que hacía era echarles unos garbillos de paja en el pesebre para que no les faltara qué comer.

Y como anécdota de los regresos, contaré la de un joven labrador de aquellos tiempos, según me contaron unos hombres que trabajaron en su casa. Este era de buena posición, y, en su juventud, rumboso. Pues cuando volvía en las noches de ronda, baile o jaranas, montado en su hermosa yegua de raza andaluza, éste siempre volvía tarde, a veces cuando ya despuntaba el Lucero de la aurora, pero éste, muy hábil, antes de llegar a la casa ya tenía unos trapos escondidos y envolvía en pocos minutos las manos y patas a su yegua, y de esta forma pasaba en silencio el ancho pasillo de piedras para entrar en la cuadra, sin que sus herraduras hicieran el más pequeño ruido. Y de esta forma, repito, no se enteraba su familia de la hora de su llegada. Pues este joven se llamaba Cristobal Gabarrón.

Un pequeño relato de aquellos tiempos, protagonizado por un joven del campo de Cajitán de Mula.

LAS ESPIGADORAS

También, sin pasar más adelante, quiero hacer constar otro trabajo de la cosecha. Pues cuando terminaba la primera faena de la siega, todo atado y debidamente amontonado en cargas, dispuesto ya para el acarreo hasta la era; tras todo esto, aparecían algunas mujeres recogiendo las espigas de trigo, esparcidas por los surcos de los rastros. Estas eran las

27 Cayada.

llamadas espigadoras; con sus largos vestidos y delantales y sus pañuelos en la cabeza, y buenos sombreros de palma; transportando a la cabeza grandes capazos de espigas, que más tarde en sus casas «espiczaban»²⁸ y sacaban unos celemines de trigo, aquellas pobres gentes, como ayuda al sustento de su familia.

Espigar sin tocar en las cargas, no tenía delito. Es costumbre que se remonta a los tiempos bíblicos²⁹.

Y como homenaje a este trabajo, les fue dedicada la Rosa del Azafrán, esa bonita zarzuela, obra del maestro Jacinto Guerrero, con su maravillosa canción, «Las Espigadoras», conocida por muchos españoles, porque esta venía a ser como el himno a la cosecha.

Pues en aquellos tiempos de escaseces, una espiga de trigo encontrada en el camino por las espigadoras, y más adelante otra, se recogían y se iba juntando un manojo, que junto a las que cogían en los restrojos, cuando llegaban a sus casas —repito—, lo espiczaban con una pequeña maza de madera, y con un capazo, se ponían en la esquina de la casa, donde el aire pasaba más continuo, y con sus manos lo aventaban; y así juntaban el llamado «remijón»: unos pocos kilos, que cuando llegaban al molino, lo primero que decían al molinero, «no me robe mucho, mire que trigo, limpio como el oro.» Porque casi siempre, la mayoría de estas personas, eran gentes muy pobres. Como estas conocidas por mis padres, que años más tarde fueron vecinas nuestras, Balbina García Zapata y Fuensanta Yepes. Esta última, madre de ocho hijos y natural de Ricote. Que el trigo espigaba por la mañana, en la siesta ya lo dejaba limpio y a la tarde se iba al molino más cercano y donde le dieran más harina a cambio, a pesar que casi todos robaban lo que podían. Pues ya lo dice el refrán: «De molino cambiarás / pero de ladrón no variarás». O este otro de nuestros molinos manchegos: «De ca fanega un celemín / y si el amo es rico / otro pal borrico».

Pues como digo, Fuensanta, con aquellos remijones de harina, sus hijos no pasaban hambre en toda la temporada de la recolección. Pero su mayor preocupación eran dos melgos que tenía, de pocos meses; que no tenía dinero para comprar un bote de harina «nalteada», marca el Nido, de la antigua casa nestlé, y se tenía que valer de harina de trigo que ella misma tostaba en el horno de cualquier vecina cuando amasaba. Esto lo hacía en una olla de barro nueva, bien tapada. Y con aquella harina tostada, muy dorada y de olor agradable, les hacía las típicas gachas a sus melgos. Consistía en poner una sartén pequeña en la lumbre con el harina, el agua y una o dos cucharadas de azúcar. Que a veces también se ponía de mal humor esta pobre mujer, cuando los melgos lloraban de hambre y la leña estaba verde y no se encendía la lumbre con los romeros que ella misma arrancaba con el azaón³⁰.

Fuensanta era muy trabajadora, aguileña, de elevada estatura, delgada, muy rápida en el andar y vivió más de noventa años.

Pues en aquellos tiempos, el pan, primer alimento natural, estaba muy justo, sobre todo en las familias pobres y clase media. Esto podrían ser arrastres de la Primera Guerra Mundial y cosas similares. En las casas, incluida la de mis padres, se aprovechaba hasta el

28 Espiczar: romper las espigas golpeándolas con una maza.

29 Levítico, cap. 23, ver 22.

30 Azadón

más pequeño mendrugo de pan. Un mendigo que pedía limosna en una puerta, se le daba un pedazo de pan y lo tomaba. A los niños se les educaba que si se les caía el pan al suelo, lo cogieran y lo besaran. En los años 80, el primero no toma el pan: quiere dinero. El segundo, ya no lo besa: lo tira y pide cualquier golosina.

Pues yo, a mi parecer, creo que esto es mala señal, cuando millones de personas en el mundo pasan hambre y necesidad.

Y siguiendo un poco más con el tema de aquellos mozos de mulas, el mulero de los años veinte, en aquel constante y duro trabajo, estaba muy lejos de imaginar que aquellos treinta días largos —diez a doce horas diarias—, en las cuatro estaciones del año, con aquella paga que pocos llegaban a cuarenta pesetas al mes, según su comportamiento y honradez, con un solo día de descanso cada quince y más de sesenta horas semanales, no podía imaginar —repito— que sesenta años más tarde, su nieto, con aquella bien ganada cantidad no le llegaría para comprarse medio paquete de tabaco. O que mientras él ganaba mil pesetas al año, este otro ganaría un mínimo de quince mil semanales, con sólo cuarenta horas de trabajo, y en la mayoría de las veces, hasta un mes de vacaciones. Y que mientras el primero vestía con sus ropas muy bien remendadas a diario y un solo traje para adecentarse un día festivo o cuando precisara, su nieto tiraría trajes nuevos a los vertederos, empujado por la fiebre de las modas y el buen vivir, rodeado de caprichos y toda clase de diversiones.

LOS MALOS TIEMPOS DEL LABRADOR

Pues como decía al principio, la vida del campo siempre fue penosa y dura. Siempre mirando al cielo, diciendo: «si lloviera...», mientras la sequía arrasaba la cosecha. Entonces se decía: «si hubiera llovió...» Así pasaba todo el año.

También había otro viejo dicho: «A los labradores, ni darles, ni quitarles.» Lo primero, no darles abundancia para que no olvidaran la tierra. Lo segundo, no quitarles para que no perdieran la esperanza al próximo año, que de nuevo tenían que preparar los barbechos, como de costumbre en dos hojas: mitad cada año. Preparar la simiente más limpia, reparar los araos y los trillos, o comprar una mula para sustituir la que se murió de güérfago³¹, enfermedad parecida a la tuberculosis. O la doma del muleto para engancharlo en la próxima sementera, y si no lo tenía y sus medios económicos eran escasos y no tenía dinero, entonces tendría que vérselas con el chalán o muletero y comprar una mula fia, mediante letras de cambio o un pagaré; que encima de cobrar con creces, si se atrasaban los plazos por contras de la casa o pérdida de la cosecha, éste, sin miramientos ni contemplaciones se mantenía astuto y muy alerta, mediante su espía de la llegada de la poca cosecha; para el día que trillaban el trigo se presentaba en la era muletero y mozos con carro para cobrar en trigo, aunque el labrador quedara en la ruina. Y si con el trigo no quedaba la deuda cobrada, éste se llevaba animales, como reses o cerdos u otros animales domésticos, sin apiadarse —repito— del pobre labrador, aunque éste llegara a la ruina y pasar hambre su familia.

31 Huérfago.

Pues la alegría más grande para el labrador eran las apacibles lluvias de otoño, en los meses de septiembre a noviembre. Los barbechos, siempre en la mejor tierra, empapados, cambiaban de color. En éstos se sembraba el trigo, en los rastrojos de trigo del año anterior, se sembraba cebá y al siguiente año avena o centeno; y ya esta tierra quedaba cumplida después de las tres cosechas, de mayor a menor riqueza. Entonces la tierra quedaba otros tres años sin sembrar, como descanso, que se llamaba yerma. Quedando ésta sólo para pastar el ganado. Y ya transcurrido el tiempo señalado, más o menos en el mes de enero, se empezaba a mover la tierra. La primera reja que se daba se llamaba «arromper», por su dureza; y así sucesivamente se iba preparando una buena barbechera, disponiéndola para la siembra.

Y a propósito de yermos y barbechos, en esto creo que hay un malentendido por ciertas personas. Para el labrador y hombre del campo se entiende como lo he descrito anteriormente. A pesar de que en el diccionario está puesto:

«Yermar³²: despoblar o dejar yermo un lugar, campo, etc.»

«Barbecho³³: tierra de labrantía que no se siembra durante uno o más años.»

(Una anécdota del campo)

También en la tierra yerma se podía comprobar por un experto labrador, si ésta era buena o mala. Porque cuéntase un hecho ocurrido a un joven labrador. Pues a este joven labrador. Pues a este joven le ofrecieron una finca, toda tierra de secano, para tomarla en arriendo; y quedaron ambos —dueño y él—, señalando el día y hora para ver la tierra y tratar las condiciones. Pero este joven para no ir solo, invitó a su padre que desgraciadamente estaba ciego. El pobre hombre contestó: «¿ Dónde voy yo, sin poder ver la finca ?» Pero su hijo le convenció; aunque sólo fuera para estar presente en el trato, como testigo. Entonces aquel joven enjaezó una hermosa yegua que tenían, y montando a su padre se encaminaron al lugar señalado. Pero como ellos llegaron primero, pararon en un descampado yermo, añadiendo el joven: «Padre, ya hemos llegado y aquí no hay nadie.» Contestó su padre: «No importa, y avendrán. Mientras tanto ata la yegua donde sea, que coma algo.» El joven miró en toda la extensión del bancal y no había ni una sola mata, aunque fuera de mala yerba; y acercándose a su padre, le dijo: «Padre, por aquí no hay nada.» El ciego insistió: «¿ Hay cardos, hay tomillos, entinas o romeros ?» El hijo repitió: «Padre, nada.» « Pues hijo, móntame en la yegua y vámonos, esta tierra, por lo que me cuentas, es mala. No interesa.»

Aquel viejo labrador tenía buena experiencia.

(Del viejo, el consejo.)

Sembrar. Derramar el grano al boleó, con la sembradora³⁴ cargada al hombro, llena de trigo. Andando rápidamente, a lo largo de una melga³⁵ de ocho o nueve pasos de ancha. El mulero y buen labrador tenía que ser experto en este trabajo, para no malgastar el grano.

32 Dic. de la Real Acad., Ed. XIX, pág. 1359.

33 Dic. de la Real Acad., Ed. XIX, pág. 165.

34 Sembradera.

35 Amelga.

Porque esto también tenía sus contrariedades: el peso del mismo, el volumen, la dirección del viento y la situación del terreno. Y muy interesante, tener en cuenta que no toda la semilla ocupa la misma superficie de tierra, por ejemplo: donde se siembran cien kilos de avena, la misma superficie de tierra, con menos de cuarenta kilos de centeno queda cubierta. Y saber tirar la semilla siempre en forma de abanico para que entre melga y melga no quedara un palmo de tierra sin semilla, y naciera bien por parejo.

Y como similar a todo esto, hago constar un caso como simple anécdota que me ocurrió a mí un día de otoño de 1960, estando yo en un bancal en la conocida finca del Madroñal, con mi par de mulas, sembrando trigo de la variedad *segnatore*, una de las mejores entre otras variedades, su peso de buena granazón daba un promedio de cuarenta granos la onza, según anuncio en un tablón de los almacenes del Servicio Nacional del Trigo de aquellos años. Pues a las pocas horas paró un coche al borde del camino, junto al bancal, cuyo conductor era un padre de familia con sus hijos, que aprovechando el domingo para dar un paseo por el campo como amantes de la naturaleza. Pues aquel hombre, muy atento, explicaba a sus hijos lo que yo estaba haciendo; mientras, yo sin dar crédito alguno, con mi mano derecha esparcía los dorados granos de trigo con la mayor ilusión, en los húmedos surcos de la tierra; y cuando terminé hasta el último grano de la sembradora, que yo mismo había hecho, saludé a mi visitante, que tras sus preguntas y elogios al campo, yo me sentí halagado cuando sonriendo me dijo que por simple curiosidad había contado las veces por minuto que esparcía los puñados de trigo, y que le daba un promedio de cincuenta, andando siempre a buen paso. Yo añadí que había que hacerlo así para ocupar bien la superficie de la tierra y su nacencia fuera por parejo.

Pues yo, unos días más tarde, para cumplimentar aquella curiosidad, con un poco de paciencia y tranquilidad, conté los granos de trigo de un puñado cogido al azar, tal como lo hacía para sembrar, de la variedad mencionada anteriormente, *segnatore*, y me daba un promedio de 400 a 500 granos, que sin afinar matemáticas podría ser la cantidad de veinte a veinticinco mil granos por minuto.

En resumen, pongamos un ejemplo, si un diplomado mecanógrafo escribe hasta más de trescientas pulsaciones por minuto, pues creo que sin diploma alguno, también valga la pena esta ciencia del labrador en el campo como otras tantas.

Pues el campo es maravilloso, donde no hay dirección única, se puede caminar en todos los sentidos, comprobar la dirección del viento y la del sol. Pero también tiene sus azotes y abrojos, como la sequía, los hielos y el pedrisco. Aparte siempre el duro trabajo sin límite de horario, rudimentario y manual, hasta que no llegó la mecanización; donde ya el nieto de aquel viejo mulero, labra la tierra en un tractor, con guantes y bien vestido, y en algunos casos, con aire acondicionado, mientras aquel otro labraba andando tras el arado y con las manos apretando la esteva, vestido con ropas poco apropiadas para la inclemencia del tiempo, con sus manos ateridas por el frío, y los pies por el mal calzado de las abarcas o las rudimentarias esparteñas en los crudos días del invierno, de mañanas de escarchas y tardes de ventiscas de aguanieve, o también un fuerte chubasco de agua, teniendo que salir a veces rápidamente chapoteando barro, con las mulas uncidas, campo a través para llegar pronto a la casa. Otro día, a lo mejor una tromba de agua con el carro cargado, por un estrecho camino, todo puro barrizal en ruedas y batanes. Aparte, también

a veces se llegaba a una penosa cuesta donde se atrancaba por la mucha carga y la poca fuerza de los animales, pues estos resbalaban o caían por el afán de llegar pronto a la casa. Pues esto lo sé por experiencia, ya que yo también tuve mulas y carro.

Porque éste fue desde la antigüedad el todo terreno y único medio de locomoción en el campo, que sirvió para transporte de mercancías y también como ambulancia; y a veces hasta para ir en busca del médico o la comadrona.

Y como dato afirmativo, cierto día del año 1944, hubo que transportar a mi padre con el carro, envuelto en un colchón, aquejado de un fuerte dolor de apendicitis, conducido por mi hermano menor de edad y mi asustada madre, hasta cubrir los siete kilómetros del campo hasta el pueblo, a las puertas del médico, el cual dictaminó su traslado a la Cruz Roja de Murcia, donde fue operado de caridad por el famoso cirujano don Ramón Sánchez Parra. Pues mi padre, aquella noche, aparte de su dolor tuvo que soportar el fuerte vaivén de baches y piedras del mal camino, mientras yo no pude prestar la más mínima ayuda, por hallarme haciendo mi servicio militar, cobrando cincuenta céntimos diarios.

Y también he de añadir unas líneas más a este corto relato, que ocho años antes de pasar aquello a mi padre, en el mismo carro y por el mismo camino, él me condujo a mí cuando yo sólo contaba doce años de edad, allá por el otoño de 1936, primer año de nuestra Guerra Civil. Pues mi caso fue el siguiente: Yo me encontraba en el campo enfermo varios días en la cama y con mucha fiebre, en un humilde cuarto sin luz eléctrica ni ventana de cristales ni termómetro, sólo de vez en cuando la poca luz de un candil; pero cierto día, viendo ya mis padres que por mi estado y por mi dejadez, a veces ya me negaba a tomar alimento, optaron por llevarme al pueblo, pero la guerra iba tomando fuerza y los pocos coches que había estaban requisados, por consiguiente no había otro remedio que la ambulancia de tracción animal: el carro. Mi madre me envolvió en el mismo colchón y mantas, yo aguantando los bruscos golpes de los aros de hierro de las ruedas en las piedras y baches, que cuando llegamos a casa del médico, mi cara tenía más aspecto de muerto que de vivo, lo cual al día siguiente los análisis dieron fiebres tifoideas, que se prolongaron a más de tres meses, estando yo a las puertas de la muerte; pues todavía recuerdo el nombre de aquel médico por el que fui asistido, que gracias a él puedo escribir su nombre, que era don José Cano, alias el «Gato Periquito», un excelente médico, natural de Cieza. Y como dato curioso, posteriormente fue denunciado por un colega suyo a las autoridades competentes, acusándole de carecer de título académico en su profesión, por lo que fue arrestado. Este hecho fue lamentado por muchos ciezanos, ya que el título no sirve para curar a un enfermo, incluido yo. El citado hecho, repito, posteriormente se comentó a nivel callejero, llegándose a sospechar que más bien fue por razones políticas, como venganza, cuyo nombre del denunciante lo dejó en el anonimato por respeto a los difuntos.

Pues cosas muy similares a éstas y otras tantas, pasaban dentro de la familia del campo, como transportar a veces el cadáver de un ser querido, en el carro, envuelto en una manta y sin caja, hasta el pueblo para que el funerario le hiciera la caja a su medida.

Y otras más graves, como darse el caso de morir una mujer durante el parto, a muchos kilómetros del pueblo, en una noche de torrenciales lluvias o una fuerte nevada, imposibilitando todo medio de poder traer un médico y demás asistencia; mientras en el pueblo, el más modesto ciudadano, siempre tuvo los medios más favorables a su alcance, mediante unos rápidos pasos, el médico y la farmacia. Pues así han sido las cosas del campo

desde tiempos remotos, incluidas palabras o improprios con acento de comicidad siempre dirigidas a éstos, como el chiste a «un tonto del campo», que venía a ser como el cateto, el ingenuo, el vacilón, hasta la forma de vestir y de andar, y la forma de expresarse. Pero no importa, porque a lo largo de la Historia, de la familia campesina, también nacieron personas que fueron ilustres; y por citar algunos como ejemplo: el Papa Juan XXIII, San Ignacio de Loyola, el Papa Sixto V, que hasta en su infancia fue porquero, Juan Pablo II, Juana de Arco; aparte, sacerdotes, médicos ingenieros y ciertas autoridades de alto rango y graduación. Estos, repito, hijos de aquel hombre del campo que convivía con la yunta, las ovejas y demás animales que le acompañaban. El muchacho que desde corta edad comenzó a labrar la tierra, cuando apenas podía, y tendría que llegar hasta su avanzada edad sin límite, convertido en un anciano, cuando ya le temblaba el pulso y en sus piernas le flaqueaban las fuerzas; a veces, hasta con más de setenta años, porque en aquellos tiempos no existía la jubilación, a pesar de que ya estaba promulgado el llamado retiro obrero. Y muchos vivieron con la esperanza de poder conseguirlo, pero no llegaron; por consiguiente, con sus manos encallecidas y la piel de su cara arrugada y tostada por el sol, tenían que empuñar aquel artefacto llamado arado, cuyo motor eran las bestias y sus piezas de recambio eran siete: timón, cama, dental, reja, pescuño, esteva y orejetas.

Pues yo, afinando el pulso de mis cansados dedos, sigo escribiendo con ese pequeño marca-palabras llamado bolígrafo, todo lo que me da mi memoria en mi poco tiempo libre, que yo me lo tomo como un trabajo más y lo disfruto a mi manera con un montón de faltas, la principal: su valor literario; pero yo tengo la seguridad que a mi futuro lector le será agradable y sentirá curiosidad cuando lea estas pobres páginas, cuyos hechos no son imaginativos ni inventados, sólo son reales con pruebas y testigos, algunos de estos, desagradables vivirlos, porque en el campo siempre se ha vivido a la buena de Dios, poco apreciado por el resto de la sociedad; al que se le ha tenido poco estímulo por tan baja profesión. A mí me ha dolido el amor propio cuando un joven del campo ha abandonado el terruño para ingresar en una academia y perfeccionarse mediante unos estudios, y la parte contraria le ha llamado «un desertor del arao», sin querer admitir que también se puede ser agricultor con cultura.

El campo siempre estuvo poco urbanizado, y de ahí el motivo por el que sus casas van quedando solas y éste abandonado, por sus muchas contrariedades, que sería largo de explicar. Porque si al más modesto ciudadano le perteneció tener parques y jardines y juegos recreativos y deportes, el campo, humildemente se conformaba con un hilo de luz eléctrica en la casa, para de noche, cuando había algún enfermo, poder atenderle con claridad; y cuando la familia cenaba, verse los dedos de las manos y las patatas en el fondo de la cazuela. Esto no es dicho, sino hecho que pasó en mi casa, cuando mi padre, lleno de paciencia, nos alumbraba con el candil en la mano para cenar, leer u otros menesteres, mientras el fluido eléctrico estaba a doscientos metros de la puerta de nuestra casa, pero por razones que ignoro nunca pudimos conseguirlo.

Yo, a pesar de mis cortos conocimientos, siempre fui un iluso de las cosas del campo, donde se puede ver, oír y respirar sin interferencias. Su silencio enriquece la mente y la esclarece, tal como los silenciosos monasterios, donde sus monjes, tras sus fríos muros escriben, estudian y meditan. En el campo, repito, también se aprenden cosas de la naturaleza, de los animales y sus raros instintos; como las abejas, que manifiestan el

cambio brusco del tiempo, la semilla que germina a los tres o cuatro días y la que lo hace a los treinta, otra semilla que lleva tres departamentos, permaneciendo tres años enterrada y cada año sale una mata, hasta cumplirse los tres años.

Pues aparte de todas estas cosas, también estoy de acuerdo con todas las profesiones, siempre dentro de lo legal —como no— porque de lo contrario, yo sería un necio si sólo pensara en la mía.

También estoy convencido de que todos los seres que cobija nuestra corteza terrestre, desde la diminuta hormiga hasta el gran hombre que conduce un reactor en el espacio o un submarino bajo el agua, precisa algo de la tierra, el mejor dote que Dios donó al hombre, como primer sistema de la creación para cuidarla y señorearla. Ella a cambio, como homenaje, da a éste sus flores desde el primer día en la maternidad hasta en la tumba, dándonos también la mayor parte de nuestro sustento.

A mi me gustó compartir la convivencia y el respeto con vecinos y familiares, en primer lugar los de mi mujer, como los míos propios. También cumplir con las leyes y el trabajo. Siempre odié la riña, al pendenciero y sus mentiras. La verdad refresca el rostro, la mentira lo enmudece. Pues ya lo dijo Unamuno: «El arma terrible para el hombre es la calumnia y la palabra mal dicha».

Tampoco envidié la suerte de otros, me conformé con la mía, «porque quien se conforma con su suerte, es feliz hasta la muerte».

Algo que admiro: la cultura.

Tampoco a lo largo de mi vida tuve el más mínimo problema con las autoridades, tanto civiles como militares; por lo tanto, mi nombre no consta en ningún archivo de mala reputación. Nunca fui detenido ni denunciado, e hice mi servicio militar de dos años y medio, permitiéndome el lujo de volver con mi hoja de servicio limpia; y lo que es más, durante todo ese tiempo, no haber permanecido ni una hora sola en el calabozo, cosa no difícil en el año 1944 por las circunstancias que se atravesaban; en primer lugar, nuestros mandos eran muy disciplinados, todos de la España vencedora, todavía con cicatrices de la Guerra Civil; segundo, los temores y las amenazas de la Segunda Guerra Mundial, el racionamiento y el hambre, y lo que es más, convivir con soldados que llevaban seis años de mili, y, algunos, más, en el mismo dormitorio, en la mesa, en las filas o en la misma guardia. Repito, soldados de la España vencedora y de la vencida, por consiguiente, los primeros, a la hora de discutir, la razón y la valentía eran suyas, insinuando cuando los segundos, en tal o cual frente perdieron las alpargatas huyendo; y bastaba cualquier palabra o conversación ingenua para un arresto, mancha en la cartilla o suspensión del permiso. Pues yo en esos casos fui tímido y discreto y me dio buen resultado. Tampoco me gustó ser mal pensado, porque nunca hay palabra mal dicha si está bien interpretada. Y obrar siempre con buena fe, con el presentimiento que saldrá bien. Tampoco me sentí atraído nunca ni aprendí juegos de naipes, ni participar en los de azar. Nunca me gustó tener pájaros enjaulados, pues pienso que al fin son seres inocentes de la Creación y no hay porqué privarles de su libertad.

La Política no me va —(pido disculpas por la frase)—, será mi poca preparación para comprenderla. Los hombres la ven muy necesaria; yo, monótona y cansada. Está algo desajustada y siempre en desavenencia. Yo como libre comprador, la considero o comparo como la mayor enfermedad plasmada en nuestro Planeta Tierra; motivo, porque ningún

ojo vidente ni oído humano podrá eludir ni hacer caso omiso a los cientos y miles de seres humanos que la política, con sólo ocho letras, siega sus vidas cada día. Ejemplo: los Campos de exterminio nazis, las sucesivas guerras, hasta los fríos crímenes de la ETA en España, que asesina y mutila sin piedad. Por consiguiente, es tan difícil que la política de una semilla limpia en la faz de la tierra. No voy a poner el ejemplo de la aguja y el camello, sino otro mayor: a un lado de una balanza un grano de trigo, al otro el Peñón de Gibraltar.

Yo pienso que el primer político con ombligo, nacido de madre, fue Caín, porque según las Sagradas Escrituras, éste mató a su hermano por envidia de su bienestar, convirtiéndose en el primer asesino; como puede verse, las raíces son profundas.

Y ya, como final, quiero cerrar estas páginas volviendo a la primera, para decir que tampoco sentí jamás devoción por las armas de fuego, ni pensé comprarlas para cazar ni para defensa. Yo digo que la mejor defensa para el hombre es la honradez y la lealtad hacia nuestros semejantes.

Y por último este consejo: ser pacífico y razonable en la convivencia, pues ésta da seguridad y bienestar. Ser fiel y honrado en el trabajo da confianza y aprecio. Cualidades muy sanas para el hombre.